

Tres cuentos mexicanos

Edición trilingüe
Español - Inglés - Italiano

Luis Alonso Fernández Suárez
Bertha Ferrer
Amira Rosas
Autores

Ixtchel Alarcón Navarrete
Coordinadora



Tres cuentos mexicanos

Edición trilingüe
Español - Inglés - Italiano

C O L E C C I Ó N

BRUNO ESTAÑOL

Cuento

Guillermo Narváez Osorio
Rector

Tres cuentos mexicanos

Edición trilingüe
Español - Inglés - Italiano

Luis Alonso Fernández Suárez
Bertha Ferrer
Amira Rosas
Autores

Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Compilador

Ixtchel Alarcón Navarrete
Coordinadora y Traducción en Italiano

Jaime Cruz Triana
Elizabeth Djinis
Traducción en Inglés



UNIVERSIDAD JUÁREZ
AUTÓNOMA DE TABASCO

Primera edición, 2026

DR © Luis Alonso Fernández Suárez

DR © Bertha Ferrer

DR © Amira Rosas

DR ©Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Zona de la Cultura. Colonia Magisterial

Avenida Universidad s/n C. P. 86040

Villahermosa, Centro.Tabasco.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

Dirección editorial: Miguel Ángel Ruiz Magdónel

Diagramación y maquetación: Yohana Noriega y Fredys Ruiz

Diseño de portada: Fernando Ramos

ISBN: 978-607-606-762-8

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

*Los escritores hacen la literatura nacional
y los traductores la literatura universal.*

José Saramago

Traducir es hacer un viaje por un país extranjero.

George Steiner

Índice

<i>El viajero, de Luis Alonso Fernández Suárez</i>	9
Luis Alonso Fernández Suárez	11
El viajero (Español).....	13
The traveler (Traducción en Inglés).....	17
Il viaggiatore (Traducción en Italiano).....	29
 <i>¿Dónde estás Elena?, de Bertha Ferrer</i>	41
Bertha Elena Ferrer Rodríguez	43
¿Dónde estás Elena? (Español).....	44
Where are you, Elena? (Traducción en Inglés)	56
Dove sei, Elena? (Traducción en Italiano)	68
 <i>Pan de muerto, de Amira Rosas</i>	81
Amira del Carmen Rosas Priego.....	83
<i>Pan de muerto</i> (Español).....	85
<i>Pan de muerto</i> (Traducción en Inglés)	92
<i>Pan de muerto</i> (Traducción en Italiano)	99

El viajero

Luis Alonso Fernández Suárez

Jaime Cruz Triana

Elizabeth Djinis

Traducción en Inglés

Ixtchel Alarcón Navarrete

Traducción en Italiano



Luis Alonso Fernández Suárez (Tenosique, Tabasco, 1952-2020) fue narrador, poeta, ensayista y promotor cultural. Inició su formación literaria en el taller de creación de la Casa Museo Carlos Pellicer, bajo la guía del escritor Andrés González Pagés, experiencia que marcó el comienzo de una trayectoria dedicada al ejercicio de la palabra y a la difusión de la literatura.

Cultivó diversos géneros y desarrolló una intensa labor de formación de nuevos escritores y lectores. Fue miembro fundador de la Sociedad de Escritores Tabasqueños Letras y Voces de Tabasco, A. C., donde coordinó durante varios años el taller literario «Si me han de leer mañana...», espacio desde el cual compartió su vocación por las letras y contribuyó al surgimiento de nuevas voces de la literatura tabasqueña.

Autor de libros como *Historias del principio* (1999) y *Cuentos de la manada* (2011), su obra se distingue por una mirada humanista y por la constante exploración de temas vinculados con la condición humana, la imaginación y la memoria. Textos suyos forman parte de diversas antologías, entre ellas *Primero la Voz* (1994), *Antología de la Poesía Contemporánea de Tabasco* (1995), *Con ojos de duende* (2005) y *Nueva Antología de Poetas Tabasqueños Contemporáneos* (2006).

Además de su quehacer literario, mantuvo un permanente interés por la ciencia, la psicología y las artes plásticas, disciplinas que enriquecieron su visión del mundo y se reflejaron en la amplitud temática de su obra. Promotor incansable de la cultura, dejó un legado que perdura

en sus libros y en la memoria de quienes encontraron en él a un maestro generoso y a un hombre profundamente comprometido con las letras.

Su nombre ocupa un lugar relevante en el panorama de la literatura contemporánea de Tabasco, donde su obra y su labor formativa continúan siendo referentes para las nuevas generaciones.

El viajero



Hablar con los perros no es en realidad difícil. Ellos emiten sonidos de baja frecuencia, que nosotros no percibimos, manteniendo el hocico imperceptiblemente abierto. Por eso es que nadie los ha sorprendido en amena charla.

A mí me enseñó (hará cosa de treinta años) un anciano y sabio perro que regresaba a su tierra a morir. En ese entonces me encontraba en Tenosique; fui allá sólo por nostalgia. Después de vivir tres años en la ciudad de Mérida, a expensas de mi hermano José, decidí viajar a la Ciudad de México a probar suerte. Comprendía entonces que aquello significaba el posible alejamiento definitivo de estas tierras del sureste, que podrían pasar muchos años antes de que yo regresara por acá, y que quizá nunca regresaría.

Desconsolado por estas ideas decidí pasar por Tenosique, lugar donde crecí. Quise cumplir el rito de la despedida, y así llegué allí en tren por la madrugada, cargando mis cuadros y libros que dejé encargados en casa de un amigo y salí a recorrer el pueblo. Pasé el día yendo y viniendo de un lugar a otro, contemplando las aguas del Usumacinta donde moje mis mejores años.

Llegó la noche. Yo saldría al día siguiente, y lo que menos quería era irme a dormir a casa de mi abuela. Cuando los últimos amigos se retiraron a sus casas, yo me fui a la esquina del doctor González, donde solíamos pasar las noches contando cuentos de aparecidos de aquel folclor que contenía al Ixtabay, la Llorona, los duendes y otros seres del más allá, que poblaban nuestra imaginación.

Recordando todo aquello me senté en la banqueta; recordando los miedos y las risas que los más grandes provocaban a los menores. Casi estaba a punto de soltar dos lágrimas que a duras penas contenían mis ojos; abrí la boca para respirar y aliviar el dolor que me provocaban los recuerdos apretujados en mi garganta, cuando apareció él.

Era un famélico y triste perro, que caminaba con las orejas gachas y el rabo caído. Nuestras miradas se cruzaron un instante y la inteligencia que vi en la suya despertó en mí el terror instintivo de las especies. Debí

tomar una actitud agresiva porque él también retrocedió rizando los pelos de su lomo y mostrando con resolución medida sus colmillos.

Me avergoncé de aquello. Yo un ser humano en plena discordia bestial con un bruto. Miré a mi alrededor con el temor de encontrarme con la mirada de alguien que hubiese visto aquello. No había nadie; las calles estaban desiertas. Miré mi reloj, era la una de la madrugada. Aliviado bajé la cabeza y este gesto debió tranquilizar al perro, que se sentó sobre sus cuartos traseros, acezando con la lengua de fuera, como si nada hubiese pasado. Hizo el intento de volver a tomar su camino y nuestras miradas se cruzaron otra vez. Él volvió a sentarse y permanecemos un buen rato mirándonos. Repentinamente el perro se irguió para continuar su marcha, y fue entonces cuando yo articulé lo que podría llamarse mi primera palabra perruna, emitiendo un sonido como el om esotérico, pero de una frecuencia mayor que la usual. Fue algo así como nuestro ¡hey!, o debió serlo, porque el perro regresó a su posición, miró a todos lados y me contestó con un:

—¡Hola! ¿Qué tal?

Yo no supe si darme por enterado o hacer como que no había entendido, pero el viejo perro me sostuvo la mirada. Al rato ya estábamos platicando como dos viejos amigos. Yo le conté cuál era mi situación y qué hacía allí, y él me dijo que era de allá abajo y señaló hacia el sur. Supuse que se refería a algún país de Centroamérica. Me contó que desde muy joven le gustaron las aventuras, por lo que un día abandonó su lugar y a sus familiares para salir rumbo arriba.

—Llegué muy lejos –me dijo mirando hacia el norte–.

Llegué hasta donde la tierra se vuelve hielo cada año. Es muy duro sobrevivir allí, pero yo era joven y fuerte. Cuando sentí que las fuerzas comenzaron a faltarme emprendí el regreso. Quiero morir entre los míos.

Platicando nos agarraron las primeras claridades del día. Serían cosa de las cuatro y media cuando pasó el primer madrugador. Guardamos silencio. El hombre pasó y dijo buenos días; yo le contesté el saludo, tratando de ver su rostro en el que me parecía adivinar una sonrisa bur-

lona. Cuando el hombre se perdió calle abajo volteé a ver al perro. Este me observaba en silencio, sonriendo resignadamente. Comprendí que lo había ofendido y quise disculparme, pero él me dijo: no te preocupes, a mi edad ya nada me sorprende; he conocido infinidad de hombres y perros, y no hay ninguna diferencia entre ambos.

El viejo y sabio animal se puso de pie lentamente y estiró sus entumidos músculos. Antes de iniciar su viaje rumbo al sur se despidió.

—Que Dios te acompañe —me dijo, y se fue con un trote suave y lento. Yo partí ese día a las diez de la mañana.

Por las noches, cuando contemplo el cielo estrellado, me viene la imagen del viejo perro llegando a un rancho entre la selva centroamericana. Se detiene a prudente distancia cuando los perros del lugar salen. Él se sienta para demostrar que no busca pelea, agacha la cabeza; los otros lo huelen, y al fin, alguien lo reconoce.

—¡Pero si es guacho! Es guacho, el primo que se fue hace años.

—¡Regresó guacho! —gritan todos los perros viejos, y los jóvenes se acercan fascinados por tener frente a ellos al que creían una leyenda de sus mayores.

Al bullicio de los perros, los hombres y las mujeres salen, y la más vieja dice:

—¡Jesús!, pero si es el Pinto, el perro loco de Simón, el que se perdió hace años. ¡Simón, sal a ver al Pinto que ha regresado!

Por el marco de la puerta aparece un anciano tembloroso. Es el viejo Simón que contempla por un rato al recién llegado, hasta que una sonrisa alegra su rostro al reconocer a su antiguo compañero. Con su voz de cascarita lo llama: -¡Pinto, pinto!

El perro baila meneando el rabo. También él ha reconocido al viejo. Por el rostro de los dos ancianos corren pequeñas lágrimas. Una mujer gorda y descalza sale con un plato de leche y lo pone frente al Pinto. Éste la bebe despacio; cuando termina va y se echa bajo el catre donde el viejo Simón se ha dormido.

The traveler

Traducción en Inglés



Talking to dogs isn't really hard. They emit low-frequency sounds that we don't perceive, and they make them with their mouths slightly open. That's why no one has ever caught them having friendly chats.

I was taught this (about 30 years ago) by a wise and elderly dog returning home ready to wait for the Reaper. Around that time, I found myself in Tenosique; I went there only out of nostalgia. After living for three years in Merida, at my brother Jose's expense, I decided to move to Mexico City to try my luck. I knew it could mean that I would cut ties with the Southeast, that it could take me years before coming back, and that maybe I'd never return.

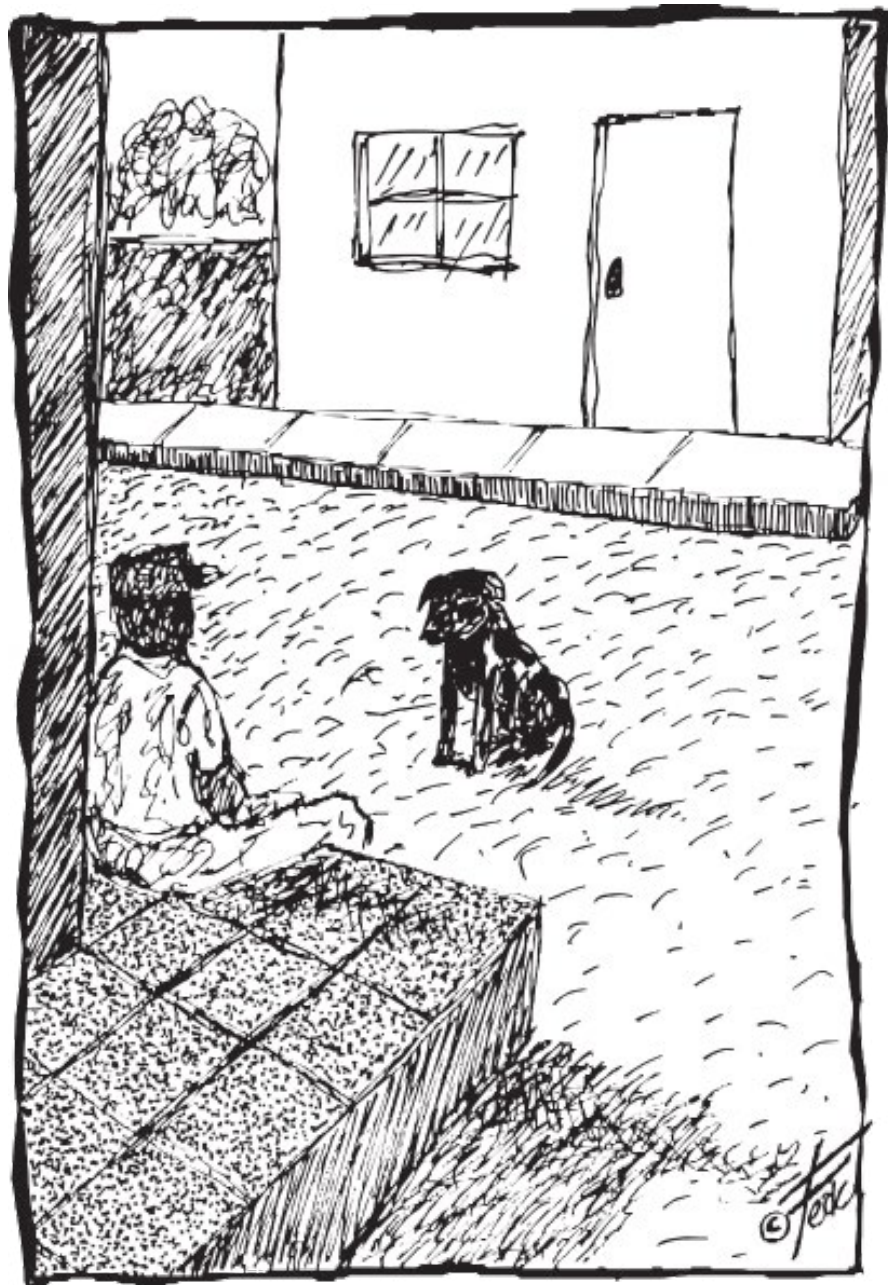
Disheartened by these thoughts, I decided to make a short trip to Tenosique, the place where I grew up. I wanted to say goodbye, so I got there by train in the early morning, carrying my paintings and books, which I left at a friend's house, and headed out to wander through the town, spending the day going back and forth from one place to another, contemplating the waters of the Usumacinta, where I spent my best years.

Night came. I was supposed to leave the next day, and the last thing I wanted was to spend the night at my grandmother's house. When the last of my friends had gone home, I went to the corner of Dr. González's place, where we used to spend the nights telling ghost stories and stories about Ixtabay, La Llorona, duendes¹, and other beings from the afterlife that crowded our imagination.

I sat on the curb, remembering all that, remembering the fear and laughs the older kids caused the younger ones. I was about to shed two tears that my eyes barely held back. As I opened my mouth to breathe in and ease the tight pain in my throat caused by the memories, he appeared.

He was a sad-looking, malnourished dog walking with his ears and tail down. Our gazes met for a moment, and the intelligence I saw in his eye awakened my primal instinctive fear. I must have also taken an

¹ Ixtabay is a female spirit that lures men. La llorona is the weeping ghost of a woman looking for her children. Duendes are mischievous goblin-like creatures





aggressive stance as he stepped back with raised hackles and showed his teeth consciously.

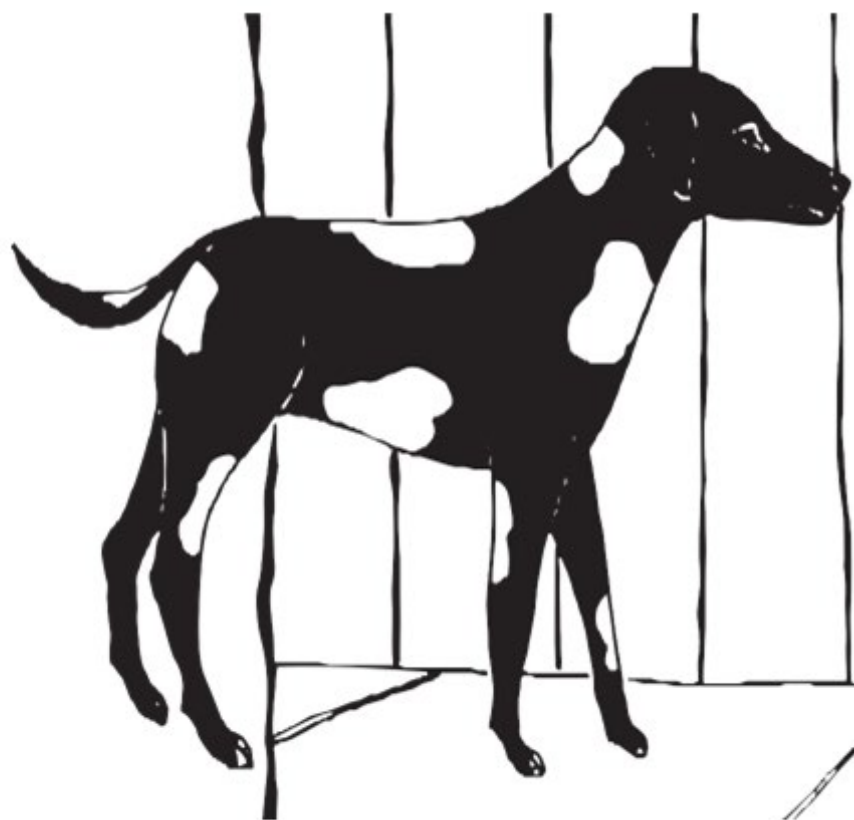
I was ashamed of it. I, a human being, fighting with an animal. I looked around, worried that I might meet the eyes of someone who had seen it. Not a single person was there; the streets were deserted. I looked at my watch; it was 1:00 am. I looked down, relieved, and this gesture must have calmed the dog, who sat on his haunches, panting with his tongue out as if nothing had happened. He attempted to resume his path, and our eyes met again. He came back and sat down, and we kept looking at each other for a while. Suddenly, the dog stood up to continue his walk, and that's when I came out with what we could call my first dog-talk, emitting a sound akin to the esoteric om, but at a higher pitch than usual. It was something like the human ¡hey! Or it must have been because the dog came back to his spot, looked around, and answered with a: "Hello! How is it going?"

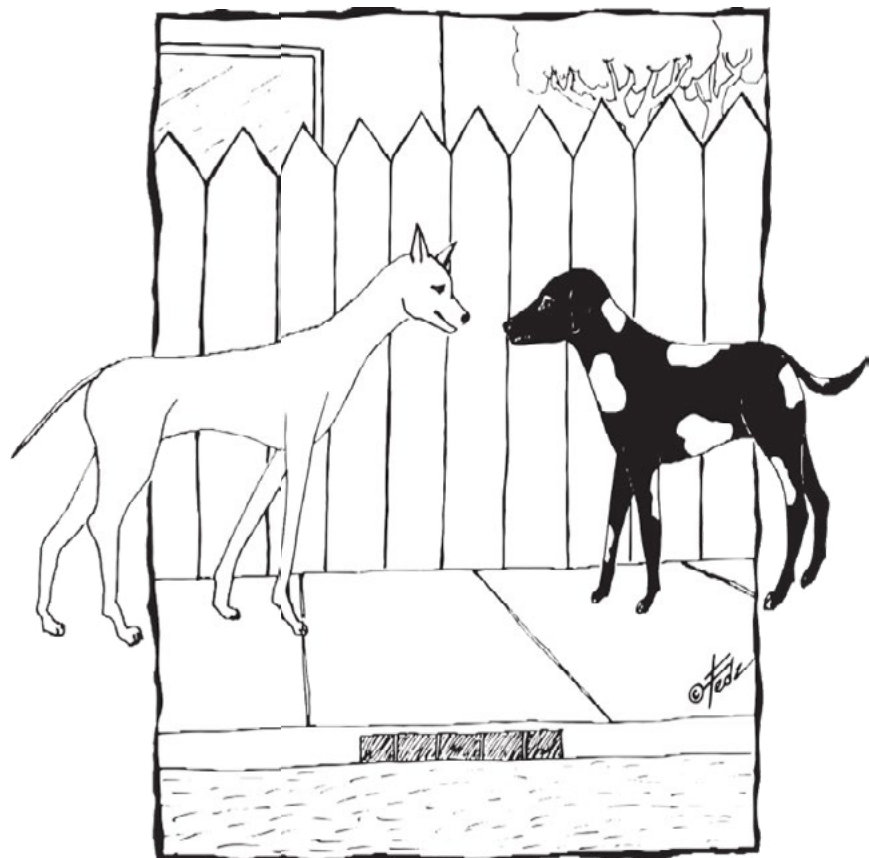
I didn't know whether to acknowledge it or pretend I hadn't understood a thing, but the elder dog held my gaze. Soon, we were talking like two old friends. I told him my situation and what I was doing there, and he told me he was from down the road, pointing south. I assumed he was referring to some Central American country. He told me that he had been fond of adventures from a young age, so one day, he left his hometown and his family to head north.

"I got really far," he said, looking north. "I traveled so far that I reached the place that turns to ice every year... It was tough to survive there, but I was young and strong. When I felt my strength waning, I started the journey back. I want to die among my people."

The first morning rays caught us talking. It was around 4:30 am when the first early riser passed by.

We fell silent. The man passed by and said good morning; I responded to his greeting, trying to see his face, in which I seemed to detect a mocking smile. When the man disappeared down the street, I turned to look at the dog. He was watching me silently, a compliant smile on his face. I realized I had offended him and tried to apologize, but he





said: don't worry, at my age, nothing surprises me anymore; I've known countless men and dogs, and there's no difference between them.

The old and wise animal slowly stood up and stretched his stiff muscles. Before starting his journey south, he said goodbye.

"May God be with you," he said, leaving with a soft, slow trot. I left that day at ten a.m.

Every night, when I contemplate the starry sky, the picture of the old dog comes to me, arriving at a ranch in the Central American jungle. He stops at a safe distance when the local dogs come out. He sits to show he is not looking for trouble and lowers his head; the others sniff him, and finally, someone recognizes him.

"Guacho's back! It's Guacho, the cousin who left years ago".

"Guacho has come back!" shout all the old dogs, and the young dogs come closer, fascinated to see the one they thought was a legend among the older dogs.

Hearing the chaos, men and women come out, and the oldest woman says:

"Jesus Christ! It's Pinto, Simón's crazy dog, who got lost years ago. Simón, come see Pinto, he's back!"

A trembling old man appears by the threshold. It is old Simón, contemplating the newcomer for a while until a smile brightens his face as he recognizes his old companion. In his fading voice, he says, "Pinto, Pinto!"

The dog dances, wagging his tail. He, too, recognizes the old man. Small tears run down the faces of the two seniors. A fat, barefoot woman comes out with a bowl of milk and puts it in front of Pinto. He drinks it slowly; when he's done, he lies under the cot where old Simón has fallen asleep.









Il viaggiatore

Traducción en Italiano



Parlare con i cani non è in realtà difficile. Emettono suoni a bassa frequenza, che noi non percepiamo, tenendo il muso leggermente aperto. Per questo motivo nessuno li ha mai sorpresi a conversare.

Me lo insegnò (circa trent'anni fa) un vecchio e saggio cane che tornava nella sua terra per morire. In quel periodo mi trovavo a Tenosique; ci andai solo per nostalgia. Dopo aver vissuto per tre anni a Mérida, grazie al sostegno di mio fratello José, decisi di andare a Città del Messico in cerca di fortuna. Sapevo che ciò poteva significare un allontanamento definitivo da queste terre del sud-est, che sarebbero potuti passare molti anni prima che tornassi qui, e che forse non sarei mai più tornato.

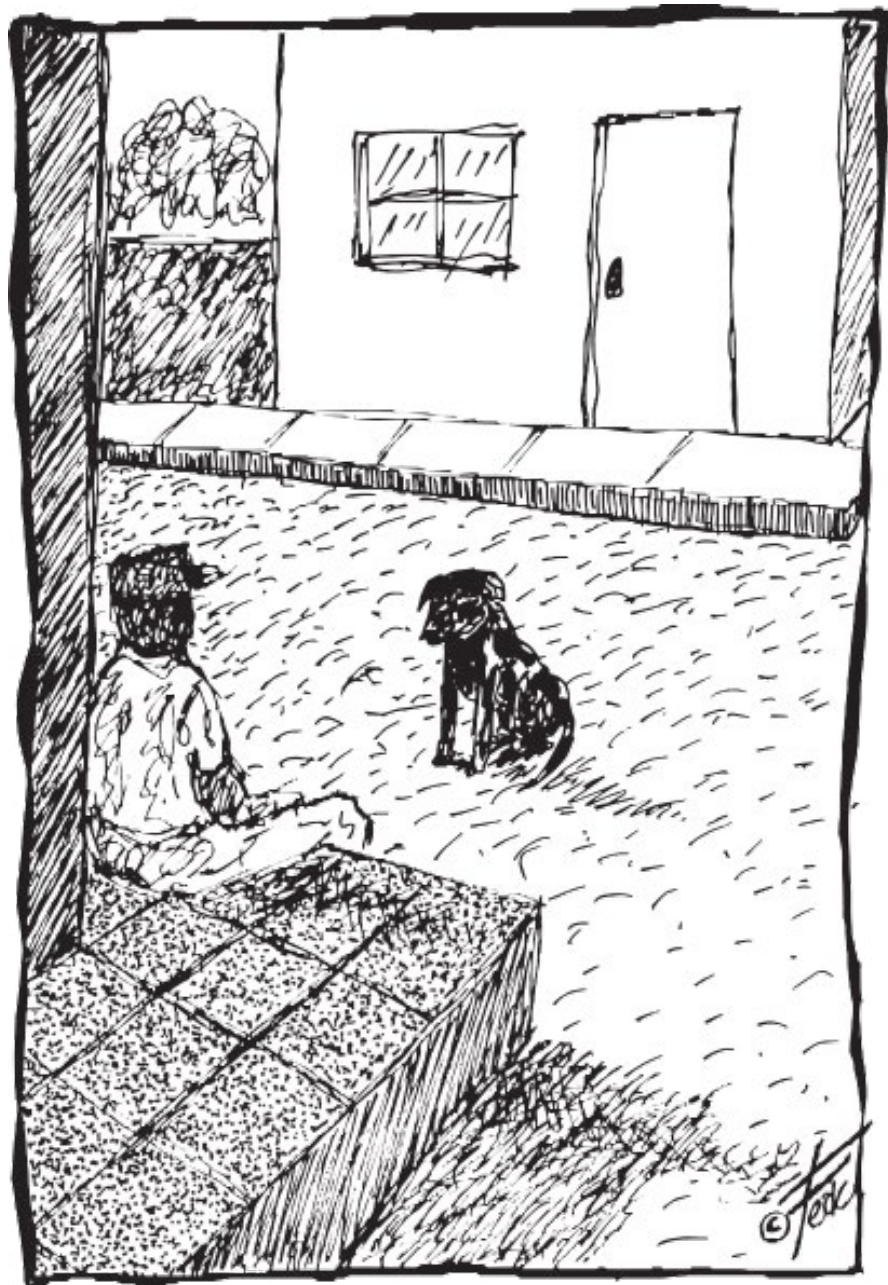
Sconsolato da questi pensieri, decisi di passare per Tenosique, il luogo dove sono cresciuto. Volevo compiere il rito dell'addio, così arrivai lì in treno all'alba, portando con me i miei quadri e libri che lasciai a casa di un amico e uscii a visitare il paese. Trascorsi la giornata andando avanti e indietro da un posto all'altro, osservando le acque dell'Usumacinta, dove avevo vissuto i miei anni migliori.

Arrivò la notte. Sarei partito il giorno dopo, e l'ultima cosa che volevo era andare a dormire a casa di mia nonna. Quando gli ultimi amici tornarono a casa, andai all'angolo del dottor González, dove solevamo passare le notti raccontando storie di fantasmi di quel folklore che includeva l'Ixtabay, la Llorona¹, i folletti e altri esseri dell'aldilà, che popolavano la nostra immaginazione.

Ricordando tutto questo, mi sedetti sul marciapiede; rievocando le paure e le risate che i più grandi provocavano ai più piccoli. Ero quasi sul punto di lasciar cadere due lacrime che i miei occhi a malapena trattenevano; aprii la bocca per respirare e alleviare il dolore dei ricordi che mi stringevano la gola, quando apparve lui.

Era un cane magro e triste, che camminava con le orecchie abbassate e la coda penzolante. I nostri sguardi si incrociarono per un istante e l'intelligenza che vidi nei suoi occhi suscitò in me un terrore istintivo. Dovevo aver assunto un atteggiamento aggressivo, perché anche

¹ La Llorona è un fantasma piangente molto noto nel folklore latinoamericano; Ixtabay è uno spirito seduttore della mitologia maya al confine con il Guatemala





lui arretrò rizzando i peli del dorso e mostrando i denti con una determinazione controllata.

Mi vergognai di ciò. Io, un uomo, in piena discordia bestiale con un animale. Mi guardai intorno con il timore di incontrare lo sguardo di qualcuno che avesse visto tutto ciò. Non c'era nessuno; le strade erano deserte. Guardai il mio orologio, era l'una di notte. Sollevato, abbassai la testa e questo gesto deve aver tranquillizzato il cane, che si sedette sui quarti posteriori, ansimando con la lingua di fuori, come se nulla fosse accaduto. Fece per riprendere il suo cammino e i nostri sguardi si incrociarono di nuovo. Lui tornò a sedersi e rimanemmo a guardarci per un bel po'. All'improvviso, il cane si alzò per continuare il suo cammino, e fu allora che articolai quella che potrebbe essere definita la mia prima parola canina, emettendo un suono simile all'OM esoterico, ma a una frequenza maggiore del solito. Fu qualcosa come il nostro 'ehi!', o doveva esserlo, perché il cane tornò alla sua posizione, guardò intorno e mi rispose con un:

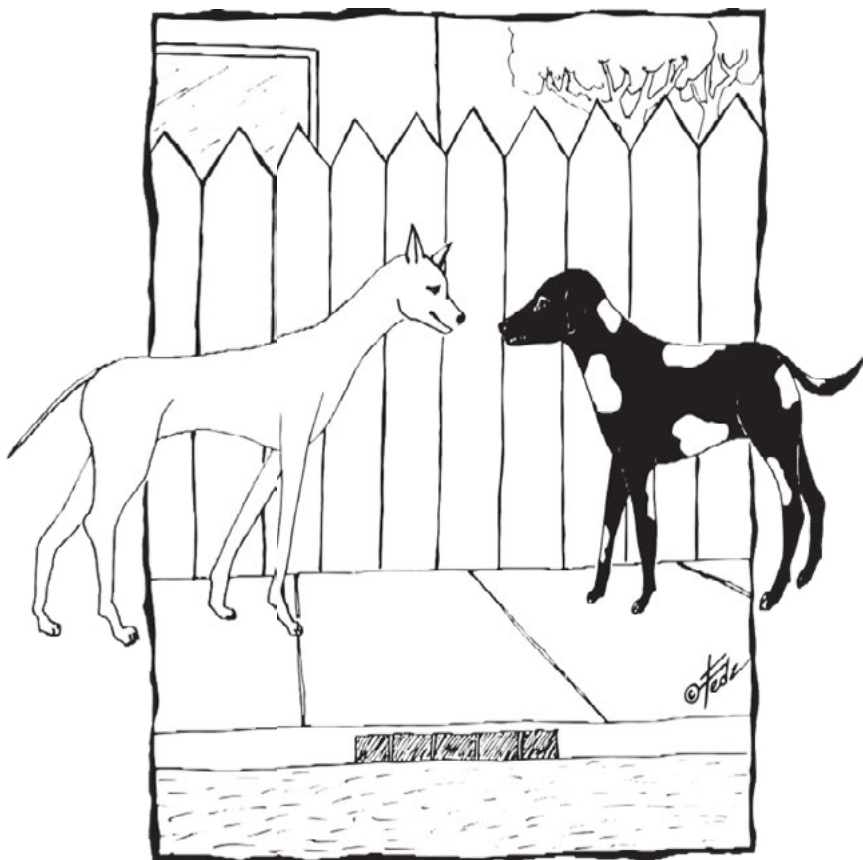
—Ciao! Come va?

Non sapevo se far finta di niente o comportarmi come se non avessi capito, ma il vecchio cane mi tenne lo sguardo. Dopo un po' stavamo già chiacchierando come due vecchi amici. Gli raccontai qual era la mia situazione e cosa facevo lì, e lui mi disse che veniva da laggiù e indicò verso sud. Supposi che si riferisse a qualche paese del America Centrale. Mi raccontò che fin da giovane gli piacevano le avventure, così un giorno abbandonò il suo paese e la sua famiglia per partire verso nord.

—Sono arrivato molto lontano –mi disse guardando verso nord–. Sono arrivato fino a dove la terra diventa ghiaccio ogni anno. È molto difficile sopravvivere lì, ma ero giovane e forte. Quando ho sentito che le forze iniziavano a mancarmi, ho intrapreso il viaggio di ritorno. Voglio morire tra i miei.

Parlando, ci colsero le prime luci del giorno. Erano circa le quattro e mezza quando passò il primo mattiniero. Restammo in silenzio. L'uomo passò e disse 'buongiorno'; io risposi al saluto, cercando di vedere il suo volto in cui mi sembrava di indovinare un sorriso beffardo. Quando l'uomo scomparve lungo la strada, mi voltai a guardare il cane. Lui mi





osservava in silenzio, sorridendo con rassegnazione. Capì che lo avevo offeso e volevo scusarmi, ma lui mi disse: non preoccuparti, alla mia età, nulla mi sorprende più; ho conosciuto una moltitudine di uomini e cani, e non c'è alcuna differenza tra loro.

Il vecchio e saggio animale si alzò lentamente e allungò i suoi muscoli intorpiditi. Prima di iniziare il suo viaggio verso sud, mi salutò.

—Che Dio ti accompagni² –mi disse, e se ne andò con un trotto lento e leggero. Io partii quel giorno alle dieci del mattino.

Di notte, quando contemplo il cielo stellato, mi viene in mente l'immagine del vecchio cane che arriva in una fattoria nella giungla centroamericana. Si ferma a una distanza prudente quando i cani del posto escono. Si siede per dimostrare che non cerca di combattere, abbassa la testa; gli altri lo annusano e infine, qualcuno lo riconosce.

—È tornato Guacho! –Tutti i cani vecchi e i giovani si avvicinano affascinati di avere davanti a loro quello che credevano di essere una leggenda dei loro anziani.

Al frastuono dei cani, gli uomini e le donne escono, e la più anziana dice:

—Gesù!, ma è Macchia, il cane pazzo di Simone, quello che si è perso anni fa. Simone, vieni a vedere Macchia che è tornato!

Dalla soglia della porta appare un vecchio tremante. È il vecchio Simone che contempla per un momento il nuovo arrivato, finché un sorriso illumina il suo volto nel riconoscere il suo vecchio compagno. Con la sua voce rauca e spezzata lo chiama: —Macchia, Macchia!

Il cane balla agitando la coda. Anche lui ha riconosciuto il vecchio. Sul volto dei due anziani scorrono piccole lacrime. Una donna grassa e scalza esce con un piatto di latte e lo mette davanti a Macchia. Lui lo beve lentamente; quando finisce, va a sdraiarsi sotto il lettino dove il vecchio Simone si è addormentato.

² Espressione di congedo carica di buoni auspici, usata in contesti solenni in Messico.









¿Dónde estás Elena?

Bertha Ferrer

Jaime Cruz Triana

Elizabeth Djinis

Traducción en Inglés

Ixtchel Alarcón Navarrete

Traducción en Italiano



Bertha Elena Ferrer Rodríguez (Ciudad de México, 1937 – Villahermosa, Tabasco, 2013), conocida como Bertha Ferrer de Priego, fue escritora, periodista, pintora y promotora cultural. Desde su llegada a Tabasco desarrolló una intensa actividad en favor de las artes y las letras, convirtiéndose en una de las principales impulsoras del quehacer cultural en la entidad.

Inició su formación literaria en los talleres promovidos por el Instituto Nacional de Bellas Artes y, paralelamente, consolidó una destacada trayectoria en las artes plásticas. Participó activamente en la creación y fortalecimiento de diversas instituciones culturales, entre ellas la agrupación Tlamascalli y el Colegio de Artes de Tabasco, organismos desde los cuales promovió la formación artística y la difusión de la cultura.

Su labor periodística y editorial la llevó a colaborar en diversos medios impresos y revistas culturales, así como a dirigir proyectos editoriales que contribuyeron a la difusión del trabajo de numerosos creadores tabasqueños. Entre sus obras destacan *Diálogos con la naturaleza* (1985) y *¿Dónde estás Elena?* (1996), además de diversos ensayos y colaboraciones dedicados al estudio y promoción de las artes.

Dueña de una profunda sensibilidad humanista, Bertha Ferrer hizo de la creación y la promoción cultural una vocación permanente. Su legado permanece en su obra y en las instituciones y proyectos que contribuyó a consolidar, ocupando un lugar significativo dentro de la historia cultural contemporánea de Tabasco.

¿Dónde estás Elena?

Busco un lenguaje que fluya, que unifique la historia; sin embargo, algo sucede que Elena es siempre una espectadora pasiva que se esconde en los recovecos de mi piel y sólo quiere contar los hechos tal cual. Revisa los cuadernos, todo se antoja apuntes que ha querido escribir porque todo se escurre entre las manos y los sucesos se diluyen.

Hoy pasó por la casa cerrada donde vivía Pedro Flores. Se le hace difícil imaginar las vidas, las pasiones que ahí se sucedían día con día, noche a noche, alrededor de una mesa corriente, sin barniz pero donde se jugaba y se pasaban los capitales de una mano a otra. Pedro, orgulloso, taciturno, a veces apagado y sin embargo intransigente cuando alguien se quería pasar de listo.

Ahí se quedaron los pomos llenos de monedas de oro tan celosamente guardados por doña Andrea durante la época de la Revolución y de Garrido, quien por ser su enemigo la hacía objeto de tantos atropellos.

Quiero pescar el libro de la historia, pero ésta tiene tantas ramas como el árbol que hay enfrente. Elena está en el corredor del rancho y escucha el ruido de algunos pájaros que llegan y revolotean. Toma pozol porque el calor es agobiante, sin embargo no puede soltar la pluma. Ayer estuvo caminando por la banqueta de la casona vieja, viendo a las palomas que se han posesionado de los techos y se pregunta cómo nos deslizamos en el tiempo si nuestra actuación como humanos es como la de los actores en el teatro; nos dan un papel y nos volcamos en él, mientras tanto a nuestro alrededor los sucesos se transforman y los sentimientos que se despiertan son capas que envuelven y afectan los pensamientos.

A doña Andrea la vio y la vivió como algo ajeno de tan orgullosa y soberbia que la sentía pero, cómo no serlo si eran tan cortos sus momentos felices que ni siquiera podía percatarse de ellos. Alta, grande, muy blanca, mirada de águila, inquisidora, inteligente, a la muerte de su madre, cuando pequeña, se hizo cargo de sus hermanos, Fernando y Arturo, viviendo en una casa de huéspedes donde los internó su padre para que estudiaran en Villahermosa. Crecieron como tantos jóvenes, sin ternura ni recuerdos hogareños, forjando un carácter fuerte que después los ayudaría para enfrentar la vida.

A Arturo lo mataron de manera traicionera. Era una herida profunda, personal, de lucha contra el odio y la frustración que a veces se desbordaba en Fernando y en ella. Años más tarde, ya casada, fallecen sus hijos de manera un tanto absurda, como muchas muertes lo son. Primero a la niña, una sirvienta la tiró al estar jugando con ella; se le estalló algo en sus vísceras y no pudieron salvarla. Ella sola con dos bogas para impulsar el cayuco se trasladó a Villahermosa. En la madrugada, mientras la operaba el doctor, murió. Sola, sin la ayuda de nadie, la tuvo que enterrar y guardar su dolor.

Don Prudencio se quedó cuidando al niño mayor que tenía apenas seis años. Cuando la pequeña falleció, el niño despertó llorando y diciendo que Lourditas lo llamaba que fuera con ella. Cuando regresó a su casa el dolor tuvo que esconderlo y además inventar la historia de un viaje de la niña a México con su tío Fernando para que se curara y estuviera bien. De nada valieron las promesas, los mimos, a veces los regaños; el niño continuaba diciendo lo mismo, dejó de comer y empezó a adelgazar. La tristeza se adueño de todo, las plantas que siempre florecían, empezaron a decaer, hasta las sombras de los quinqués se alargaban más, el niño se pasaba sentado en un balcón viendo hacia puntos distantes y a cada rato preguntaba: ¿papá, la escuchas? Lourditas quiere jugar y me está llamando.

Las lluvias llegaron y el pueblo entero se mantenía a puertas cerradas preparándose para la creciente que ese año amenazaba con ser devastadora, se amarraban los tanques del petróleo que servían para los

quinqués y los candiles. Después se subían al tapanco los muebles y las ropas, también había que ir a abrir la puerta del rancho cercano que así se dejaba para que el ganado buscara las pasturas y la tierra alta.

El desayuno de aquella mañana fue servido muy temprano; don Prudencio se preparaba para hacer un recorrido a caballo, no fuera a ser que un novillo se hubiera quedado atascado y muriera ahogado.

El niño veía el plato como de costumbre, con sus ojos almendrados llenos de tristeza y su piel muy blanca de por sí pero que ya empezaba a verse transparente. Con súplicas y mimos intentando darle en la boca los alimentos, todo era inútil. Con la prisa de aquel día el padre se paró ante la mesa y fingiendo enojo le dijo: –me voy, pero si en esta ocasión regreso y no has comido te voy a dar un cinturazo. La mamá también se levantó y fue a la cocina porque estaba preparando unos tamales; tal vez tardaría un rato en volver y cuando lo hizo, su sorpresa fue tremenda, la carita del niño estaba metida dentro del plato. Lo cargó, lo limpió, le daba respiración, gritaba, llamaba, todo inútil, había muerto en silencio sin dar tiempo a nada. ¿Con qué palabras se puede describir el dolor?

El grito interno, la rabia, la impotencia, ese torrente que se desborda imposible de contener y los pensamientos que son como espadas ardientes ¿por qué a mí? ¿dónde está Dios? No se puede saber cómo el cuerpo sigue funcionando. La pluma se queda callada ¿entrar en un recuerdo despierta a otros? los puñales se afinan y traspasan de nuevo. Elena maneja al sentimiento y al pensamiento.

Quiere describir, narrar de manera lineal, ojalá se pudiera hacer sin que la emoción participe. Cuando don Prudencio llegó, el temblor del cuerpo no le permitía estar de pie y no tenía el consuelo de las lágrimas, resoplaba como una fiera herida, tuvieron que luchar con él para quitarle la pistola con la que se quiso pegar un tiro.

Desde entonces en la casona habitó el silencio. Hoy florecieron de nuevo los guayacanes, el sol cae como plomo, una suave brisa teje la alfombra amarilla de las banquetas y los pétalos vuelan como mariposas asustadas. Elena entra en la casa, prende un rato la televisión, intenta ver un noticiero pero la mente ha dado un giro, se estaciona en el pasado

como si tuviera la necesidad de vomitar, de sacar todo lo que lastima, todo lo que han sugerido las historias que le han contado y las que marcan la piel. Así, siente que la vida se mueve entre sueños: el sueño que la imaginación da y el de las situaciones que el acontecer diario proporciona. Jalapa con sus almendros, con sus cercas de jazmín y pachuli y las calles cubiertas de grama que ya no existen; se perdieron junto con los arroyuelos que se formaban al llover, donde se ponían barcos de papel para inventar algún viaje. Todo lo cubrió el asfalto.

Las historias se desbordan como el río mientras toma su cauce. Así, detenerse en una esquina frente a la iglesia es ver a Chila detrás del mostrador de su tienda, midiendo las telas que vendía. Hasta ahí le llegaban todas las historias del pueblo; nada sucedía sin que ella lo supiera, con un caudal de anécdotas vivía. Por ella, Elena se enteró del silencio que durante dos o tres años rodeó a doña Andrea. Nadie del pueblo la saludaba ni la visitaba, su hermano tuvo la osadía de balacear a Garrido y ella en lo personal siempre se negó a quemar santos cuando la querían obligar; en una ocasión, metieron preso por varias semanas al esposo y aunque él le enviaba recados constantemente pidiendo que hiciera algo porque estar encerrado en la cárcel era espantoso y hasta empezaba a enfermarse, ella permanecía intransigente, ¿qué podía hacer sin transgredir sus principios?

Una tarde, cuando le fueron a avisar que estaba con temperaturas muy altas, se decidió, envió una nota al presidente municipal donde le indicaba que citara a las gentes del pueblo a la iglesia porque iría a quemar santos pero que dejara libre a su marido. Largas se le hicieron las callejuelas que tenía que pasar antes de llegar al parque donde se encuentra el templo y que estaba atestado de curiosos.

Al entrar, se fijó que cerca del altar había una escalera sencilla recargada en la pared y que en ella se había subido la esposa del presidente para mirar mejor el espectáculo; de pasada vio que estaba embarazada. Inmediatamente su mente encontró la salida, pidió un hacha para cortar los santos en lugar de quemarlos, cuando la tuvo en sus manos la apretó con fuerza y empezó a lanzar hachazos al aire haciendo retroceder a las perso-

nas que asustadas gritaban, mientras tanto su mira, era la escalera, el presidente alarmado empezó a pedirle que parara eso, que ya era suficiente.

Unos discretamente aplaudían y otros salieron huyendo ante la determinación de la mujer, el miedo hace cobardes a personas sencillas y amables. Después dejaron en libertad a don Prudencio. Esa misma noche al empezar la madrugada, un grupo de personas del pueblo tocó a su puerta tratando de no hacer bulla, llevaban unos enormes bultos envueltos, eran las imágenes de la Virgen Dolorosa y un Jesús con las manos atadas, querían que doña Andrea los escondiera. Don Prudencio a regañadientes aceptó por el peligro que representaba.

Con la sola luz de un candil, escarbaron hasta abrir un hoyo en el jardín, lo forraron con ladrillos y ropa vieja. Ahí depositaron las imágenes, después, lo cubrieron y pusieron algunas plantas para poder disimular por si algo pasaba, al cabo de algunos días los desenterraron porque ya tenían el lugar donde iban a permanecer mientras se tranquilizaban las cosas. Años después tuvo también doña Andrea que cortar su larga cabellera para que hicieran las pelucas que se habían estropeado. Aún permanecen puestas en las cabezas de las imágenes.

El viento pasa por el pueblo algunas noches y a lo lejos se escuchan gritos de aves nocturnas, en otras ocasiones el silencio se alarga y no se mueve ni una hoja de los árboles. Cierta noche de estas, Elena estaba leyendo con la ayuda de dos quinqués encendidos; las pequeñas llamas hacían ciertos movimientos con el aire que le daba a las sombras un halo de misterio, de pronto un grito prolongado traspasó el silencio, por lecturas y cuentos de la nana en la finca sabía de La Llorona, pero este conocimiento tenía presencia en el mundo irreal y en las fantasías que ciertas narraciones le habían proporcionado, pero escucharlo, y por segunda vez, ya no era producto de la imaginación.

Se levantó con el estómago oprimido por el miedo despertando a su esposo, lo convenció de que saliera al patio o a la calle para indagar y ver qué sucedía.

Con lámparas de mano, poco a poco fueron apareciendo otras personas, unos bromeaban y otros permanecían callados al acecho de un

nuevo grito para ubicarlo ¿qué sería? A pesar de que aún había acahuales en los alrededores y partes pantanosas, ya los animales salvajes eran poco frecuentes ¿algún gato remontado en celo? Al rato cuando todos empezaron a dudar de lo escuchado y alguien ya andaba proponiendo ir al mercado por café, de nuevo el grito atravesó como flecha.

Nadie dijo nada, silenciosamente empezaron a meterse en sus casas y a cerrar sus puertas; a la mañana siguiente las conjeturas y los comentarios se harían, además se organizó un grupo de los más valientes y atrevidos para investigar.

Mientras, los candiles, los quinqués y las velas iluminaban las ventanas cerradas porque nadie pudo volver a dormir, los gallos empezaron a cantar.

Al día siguiente en todas las casas no se hablaba de otra cosa, unos contaban haberla visto con su blanca vestimenta y su larga cabellera por el río, otros que por el parque cerca del muro de la iglesia, los demás la ubicaban en el panteón y los más atrevidos la vieron deambular por algunas calles pero sobre todo, era augurio de que ese año iba a ser fatal. Los más viejos recordaron otras historias, los chamacos que se dedicaban a la venta diaria de empanadas o de tamales de chipilín, recogían de puerta en puerta, nuevas anécdotas.

Al anoecer todos se acostaron temprano pero por si las dudas colgaron su corona de ajos en las puertas y se fueron a la iglesia a misa y al rosario para que el padre Miguel, enterado de todo, los regañara por supersticiosos, esfuerzo inútil, La Llorona existía, aunque no quisiera el cura.

Esa noche muchos se quedaron en vela, entre ellos don Prudencio y su vaquero, listos con sus lámparas potentes y las capas de hule por si llovía. Cuando allá por el filo de la madrugada ya empezaba a cansarse, un grito largo y quejumbroso se escuchó; procurando no hacer ruido y amparándose con la sombra de algunos arbustos y árboles se fueron deslizand por las callejuelas tratando de ubicar el sonido. Llegaron al callejón que baja por el río, una puerta se abrió sigilosamente, apareciendo un bulto con una gran capa, en el momento que se preparaba para

gritar, le cayeron por la espalda, el susto que se llevó la pobre “Llorona” fue mayúsculo.

Resultó ser un enamorado de lo prohibido que en su desesperación por ver a su amada se ingenió la artimaña, ya que siendo esta casada, algunas noches se quedaba sola porque el marido mataba puercos o reses en las rancherías. Después del susto vinieron las risas y las bromas no faltaron, el prometió no volver a salir de Llorona y los demás a no contar nada, aunque al otro día, todo mundo lo sabía, menos el marido, por supuesto.

Los almendros del parque tiraron sus hojas, florecían los tulipanes, el galán de noche y el framboyán. En el pueblo tal parece que el tiempo se detiene, en esa época pocos viajaban y los que lo hacían era por lo regular a Villahermosa en el barco de don Marcial Gil. El martes subía corriente arriba hasta Tacotalpa, pasando a dejar la mercancía que los comerciantes le encargaban, el sábado regresaba rumbo a Villahermosa y se detenía para recibir los pedidos, momentos que los chamacos aprovechaban para ofrecer sus ventas: empanadas, dulces de coco y camote, o de naranja agria envuelto en joloche. Algunas veces en tiempo de seca, el lanchón se varaba porque el río había bajado mucho y el playón era grande; en esas ocasiones todos ayudaban, tirándose al río para tratar de mover al barco, jugaban y se gritaban bromas, mientras los marineros sacaban las palancas y los remos para empujar con ella y lograr que el barco flotara. No había distinción, ricos y pobres actuaban igual, sin camisas y con los pantalones arremangados nadaban o se sentaban en cuclillas con sus charolas o canastas a un lado. Así permanecían por mucho tiempo sin cansarse, siendo común que algún marinero llamara desde el barco: —¡oye Roosevelt, pásate las torrijas! O, tú Stalin llévale a don Boshó los machetes que encargó. Los nombres de los chiquillos casi siempre recordaban a políticos internacionales, personajes bíblicos o de la mitología griega, sin faltar un Masiosare o un Taquígrafo Pérez. Elena sonríe, recordar y escribir estas vivencias tal vez sirvan de descargo a alguna cabeza llena de fantasías, de memorias, de hechos y similitudes en la literatura que fue encontrando a través de las lecturas.

Los paisajes son diferentes, algo de selva se quedó enraizado en los viajes a caballo por caminos llenos de lodo y matorrales, donde los puentes colgantes rústicos, hacían temblar las patas de los caballos cuando los cruzaban, o esos amaneceres que veía recostada en una silla de montar, rodeada del ganado que era llevado por senderos difíciles hasta llegar a la vía del tren donde se embarcaba rumbo a México.

Parecía una leyenda como las que le contaba la abuela en las tardes de lluvia o en esos anocheceres interminables que llenaban de sombras el corredor de la finca, así estaba una vez, cuando de pronto en la oscuridad aparece una linterna, el sonido de unos cascos de caballo y su resoplido anuncian la presencia de un visitante que no se quiere arriesgar a pasar el río cuando está crecido o porque le tiene miedo al Sombrerón que monta de noche a los caballos y pierde a los caminantes. Nunca se pensaba en que los vivos pudieran asaltarlos.

El río estaba crecido y nadie quería cruzarlo, sin embargo, este visitante sólo quería el permiso para tomar el cayuco, pues su urgencia era mucha; con preocupación y un montón de recomendaciones el abuelo se lo dio. A la mañana siguiente, los vaqueros avisaron que había un caballo subiendo y bajando el barranco como si estuviera perdido; el cayuco lo habían encontrado atracado en unos matorrales de sauces, que por estar el agua hasta arriba permanecían sumergidos. Estuvieron buscando al hombre por varios días, hasta pusieron las tablas con velas que señalan el lugar donde se encuentra el ahogado; todo inútil. Tres días después, en la vuelta que hace el río pasando por los cacaotales. Un grupo de zopilotes denunció su presencia.

No es la imaginación la que conmueve, sino la memoria, los recuerdos que yacen agazapados y de pronto saltan, algunos creo que perduran en la herencia de los genes o bien en esa memoria del inconsciente que es tan enigmática. Los hilos de la historia tienen varias puntas y Elena busca su espacio y su tiempo.

Hoy que floreció el jazmín es la abuela Carmen quien se hace presente, muchas horas del día y de la tarde se pasaba sentada en su sillón cerca de la ventana o en el gran patio interior de la casa, donde estaba el

pozo y los limoneros daban su sombra y su fragancia, donde los grandes helechos, las begonias y el galán de noche, vestían un jardín sin orden. Se pasaba el tiempo tejiendo. Ahí estaba cuando escuchó los balazos que Pedro le disparó a la vecina de la que se había enamorado y que se quería robar, pero como ella era casada no se decidió, así que por el escándalo, ella abrió el balcón y se asomó encontrándose a un hombre atractivo y de gran porte, caracoleando el caballo. Él se volteó y al verla le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Carmen

Y como así se llamaba la otra mujer Pedro pensó sólo unos segundos, en seguida le dijo:

—El domingo vengo a pedirte para que nos casemos.

—Bueno —contestó Carmen, sin saber que marcaba su destino de soledad y desamor. ¿Cómo encontrar el sentido a ese acto ahora, si ella misma no se lo podía explicar después cuando lo contaba? Al mes se casaron, el padre de ella les regaló un rancho por Palizada donde la encerró para tener hijos, cinco tuvo en total, uno tras otro. Era el marido el que se encargaba de los viajes al pueblo para traer las compras y las cartas de la familia donde le contaban los sucesos cotidianos; su padre le seguía enviando la ropa que por barco le llegaba de España y de otras partes del mundo.

Cuando vino la Revolución y se hizo imposible vivir en las fincas, decidieron salir de ahí, a todos se les quedó grabada la imagen de cuando se desprendió el cayuco del barranco y su perra, Lluvia, se quedó ladrando. Varias generaciones de perras en la familia han llevado su nombre. La vida en el pueblo cambió las costumbres, la mandolina volvió a escucharse, los tejido de crochet y frivolidé con lanzadera se hicieron más bellos y sobre todo no faltaban las visitas de viejas amistades, las que no tardaron en informarle de las andanzas de Pedro, de sus amoríos y sus parrandas, así que poco a poco el coraje y la decepción se hicieron presentes. Una tarde él estaba leyendo, como era su costumbre sin hacerle caso, y ella tejiendo y reclamando, hasta que en un arranque de furia Pedro le gritó:

—¡Qué! ¿No te has dado cuenta que nunca te he amado?

Ella se levantó, guardo el tejido y al ponerse de pie le contestó:

—Y yo desde este momento te dejo de querer. Reunió a sus hijos y con ellos salió para la casa de su padre, nunca más lo volvió a ver. Varios intentos hizo él por acercarse, todos inútiles, así que decidió enrolarse en la Revolución y a caminar por el mundo, cuando volvió ya no encontró a la familia en el pueblo. Ya viejo los localizó en México y se decidió a vivir por temporadas con cada uno de sus hijos. Se dedicaba a mostrar los planos que siempre traía consigo en un viejo portafolios, decía que era un proyecto para una fábrica de escobas de mijo y otros artefactos raros, nadie le prestó atención nunca, por lo que se tomaba diariamente una botella de aguardiente y soñaba.

Elena cuando escribe tiene miedo de usar palabras irrevocables que marquen y determinen el caos psicológico de algunos personajes y su relación con la historia actual, aunque trata de ser objetiva. Años más tarde por coincidencia, cuando él falleció, Carmen se encontraba tejendo. Al decirle su hija, que Pedro había muerto, dejó la labor y sólo dijo: -Habrá que rezarle unos rosarios. En la nada se perdieron sus vidas, sin huellas que trasciendan, sólo estas líneas en papel y los recuerdos de alguna tarde familiar.

Hoy llueve sin parar, el laurel mece sus ramas con el embate del viento, a lo lejos estallan los rayos, los aromas se encienden y las tejas cantan con la lluvia, como cuando en la finca la encerraban debajo del pabellón para que no saliera a mojarse y a correr en el campo, si era posible, montada a pelo en su caballo predilecto, para sentir las flechas de agua en el cuerpo que le hacían sentirse tan libre, tan llena de vida.

Elena disfruta las tormentas, en las casas se acentúa la intimidad, el chocolate sabe diferente, el sonido de las palabras y algunas pláticas dan una suavidad que envuelven y despiertan los sentidos, la sensualidad se agudiza, son varios los motivos del recuerdo: el calor, el olor, la musicalidad del ambiente y el sabor.

Una tarde de estas, don Shebo llegó con su andar cansado de viejo sin edad, quería que le facilitaran víveres porque había tenido unas fiebres

que le hacían imposible llegar hasta el pueblo que estaba a cuatro o cinco leguas de distancia, por caminos lodosos y puentes de una sola baranda; también iba a avisar que las vacas habían roto el alambrado y se metían al acahual montañoso que rodeaba la casa de Juana, el mundo prohibido donde se encerraron las dos hermanas locas para vivir sus fantasías.

Sonaron las campanas del viejo reloj de la sala, esto y el chillido de unos murciélagos que se metieron por algunos espacios que hay entre las tejas y las vigas, la despertaron. Se levantó en silencio y decidió salir a dar una vuelta por los corredores, quería ver por ella misma la figura del hombre que se paseaba a caballo por las noches de luna. Todos los trabajadores hablaban de eso y aseguraban que es el alma del antiguo dueño que enloqueció de amor por su propia hermana. Pregunta a los adultos y no dicen nada, prefieren callar esas historias; sólo Lola, la nana, le ha contado como estuvieron las cosas.

Él creció en la capital y nunca vino hasta que heredó estas tierras. En el pueblo cercano conoció a una muchacha que siendo huérfana se dejó convencer y sin más preámbulo huyeron, viniendo a radicar a estos lugares. Así permanecieron felices por algún tiempo, hasta que llegó un pariente de ella que al enterarse la fue a buscar, teniendo una gran discusión, furibundo obligó a la mujer a volver con los suyos y a él lo maldijo para siempre.

Un fuerte viento llega meciendo las ramas de los árboles y de entre la neblina que se levanta en los campos en la madrugada, surgió la figura con el caballo a trote, lo ve detenerse, desensillar y echarse la silla y los aperos en el hombro, sus pisadas fuertes, de botas con espuelas se pueden escuchar, mientras una figura femenina de largas enaguas y jazmines en el pelo se desliza para salir a su encuentro. Cuando se funden en un abrazo, el viento arrecia, unas nubes tapan la luna, la neblina se desvanece.

El reloj de la sala termina de dar las campanadas de las doce.

A él lo encontraron muerto debajo de los mangos que están cerca del playón donde hace una vuelta el río, ahí mismo cubrieron su sepultura con un poco de piedras; en varias ocasiones lo han desenterrado los

buscadores de tesoros, porque dicen que sale una luz que llega hasta las copas de los árboles en las noches de luna.

Elena se detiene, la niña sigue asomándose en sus ojos, la sirena de un carro de policía la despierta, los hilos de la mente se fueron enredando en la pluma para crear las palabras. Viajar en barco de Frontera a Veracruz, se convirtió en una pesadilla. Todo fue bien mientras este se deslizaba por el río y desde la baranda se podían contemplar las riveras llenas de árboles que remojaban sus ramas al paso de la corriente, parecían brazos alargados prontos a protegerlos. Una sensación de vacío y de ausencia se adueña de ella. Al entrar en el mar y alejarse la costa, la marea no se detenía nunca, el golpe de las olas en el casco del barco era interminable, parecía que iban a romperlo; el constante vaivén y el olor a brea de las lonas humedecidas la llenaron de náuseas.

Ni la atención de los marineros ni los fomentos que su mamá le ponía en la boca del estómago lograban contenerla, a cada rato la mandaban a dormir con la promesa de que ya pronto divisarían los muelles del puerto.

Cuando llegaron a Veracruz y se instalaron en el Hotel Colonial todo cambió, hasta sus padres se veían diferentes. Las calles, los coches, el alegre bullicio de la ciudad transformaron las imágenes. Cerrar una puerta al espacio y el tiempo de niña no cuesta trabajo, siempre hay la avidez de las cosas nuevas y el tiempo se puede dividir en el antes y en el ahora. Al volverse todo diferente, las imágenes del campo, de los caballos, de la selva y el acahual se fueron diluyendo en compañía de los duendes.

Después el ruido del tren que los llevaba a México adormecería las historias que poblaron su infancia. Elena se detiene, hay que buscar otro cuaderno y volver a empezar.

Where are you, Elena?

By Bertha Ferrer

I'm looking for a language that flows and unifies history; however, something happens: Elena is always a passive spectator who hides in the nooks and crooks of my skin and only wants to tell stories as they are. She goes over the notebooks; everything ends up as notes of what she wants to write because everything slips away from her hands, and moments water down.

Today, she walked past the boarded house where Pedro Flores used to live. It's hard to imagine the lives and passions that took place day to day and night to night around an average, unvarnished table where everyone played and money was passed from one hand to the other. Proud and taciturn, Pedro sometimes felt off, but he was uncompromising when someone wanted to take advantage.

Jars full of gold coins were left there, coins so zealously kept by Mrs. Andrea during the Revolution and Garrido's regime, her enemy, who made her suffer many outrages.

I want to be able to grasp the book of history; it has so many branches, like a tree Elena is in the estate's corridor, listening to the sounds of birds that come by and fly around. She sips her pozol¹ because the heat is suffocating. But she can't put the pen down. Yesterday, she was walking on the curb of the old manor, looking at the pigeons who seized the roofs, and wondered about the way we move in time if our act as humans is like that of theater actors; we're given a role, and we turn ourselves

¹ Beverage made with corn dough and cacao beans.

into it, meanwhile, around us, events transform, and awakening feelings become layers that cover and affect thoughts.

Doña Andrea observed and lived her life from outside; she seemed so proud and haughty, but how could she not be when her moments of happiness were so fleeting she could hardly even notice them? Tall, large, very fair, with the eyes of an eagle, inquiring, intelligent. When her mother died in her childhood, she took care of her brothers, Fernando and Arturo, who lived in a boarding house in Villahermosa that their father had found for them to study. They grew up like so many young people, without tenderness or family memories, forging a solid character that would later help them to face life.

Arturo was cowardly murdered. That was a deep, personal wound, a struggle against hatred and frustration that sometimes overwhelmed Fernando and her. Years later, after she was married, her children died in absurd ways, as many deaths often are. First, the little girl—a maid dropped her while playing with her; something burst in her gut, and they couldn't save her. Alone, with only two oars to propel the canoe, she made her way to Villahermosa. In the early morning, as the doctor operated on her, she died. Alone, with no one's help, she had to bury her and hold her grief.

Don Prudencio stayed behind, taking care of the older child, who was only six. When the little girl passed, the boy woke up crying, saying Lourditas was calling him to go with her. When she returned home, she had to hide her pain and come up with a story about the girl's traveling to Mexico with her uncle Fernando to get better. Promises, caresses, and sometimes scolding were of no use; the boy kept saying the same thing, stopped eating, and began to waste away. Grief took over everything; plants that always bloomed began to wither, and even the shadows cast by the kerosene lamps stretched longer. The boy spent hours sitting on a balcony, staring into the distance, and constantly asking: "Dad, do you hear her? Lourditas wants to play and is calling me."

When the rains came, the whole village shut itself in, preparing for the rising waters that threatened to be devastating that year. The oil

tanks used for the lamps and chandeliers were tied down. Furniture and clothes were moved to the attics, and the fence door was opened so the cattle could seek higher pastures.

That morning's breakfast was served early; Don Prudencio was getting ready to ride out, fearing a stray steer might have gotten stuck and drowned.

As usual, the boy looked at his plate with almond-shaped eyes full of sadness, and his pale skin was already beginning to look translucent. Pleading and babying him, they tried to spoon-feed him, but it was all in vain.

In that day's rush, he stood in front of the table, pretending to be angry, and said, "I'm leaving, but if I come back and you haven't eaten yet, I'm going to whip you with my belt." The mother also stood up and went to the kitchen as she was preparing tamales. It would take her a while to return, and when she did, her shock was appalling. The child's face was buried in the plate. She picked him up, cleaned him, tried mouth-to-mouth, screamed, called for help, but it was all in vain—he had died in silence, without leaving time for anything.

What words can you use to describe pain?

The internal scream, anger, impotence, a stream that overflows, impossible to stop, thoughts that are like five scorching swords, why me? Where is God? Impossible to know how the body is still functioning. The pen remains quiet. Entering a memory triggers others? Knives get sharpened and go through again. Elena steers the feeling and the thought.

She wants to describe, narrate linearly, wishing to do so without involving her emotions.

When Don Prudencio arrived, his trembling body didn't let him stay on his feet, and he didn't have the comfort of tears, puffed as a wounded beast. They had to fight him to take his gun away, the pistol he tried to shoot himself with.

Since then, the manor has been inhabited by silence.

Today, the yellow guayacán trees have bloomed again. The sun falls poised like lead, and a soft breeze weaves the yellow carpet of the curbs while the petals fly like frightened butterflies. Elena enters the house, turns on the television for a while, and tries to watch the news, but her mind is spinning. It pauses in the past, as though needing to vomit, to expel everything that hurts, everything the stories she was told have suggested, stories that leave marks on the skin. Thus, she feels that life moves between dreams: the dream that imagination gives and the one that daily events provide. Jalapa, with its tropical almond trees, its jasmine and patchouli fences, and streets once covered in grass, which no longer exist, lost along with the little streams that would form in the rain, where paper boats were set afloat to come up with a journey. Asphalt covered everything.

The stories overflow like a river finding its course. Thus, stopping at a corner in front of the church means you'll see Chila behind her store counter, measuring the fabrics she sold. Every story in the town ended there; nothing happened without her knowing. She lived on a torrent of anecdotes. Elena learned through her of the silence that surrounded Mrs. Andrea for two or three years. No one in the village greeted or visited her. Her brother had the audacity to shoot at Garrido, and she refused to burn saints and imagery when they tried to force her to. Once, her husband was imprisoned for several weeks. Though he constantly sent her messages asking her to do something about it, since being locked in the jail was dreadful—he was starting to get sick—she didn't budge. Was there anything to do at all without breaking her principles?

One afternoon, she was informed that he had high fevers. She made up her mind. She sent a note to the mayor asking him to gather the townspeople at the church because she was going to burn saints, but he had to release her husband. The alleys seemed to become longer as she had to walk through them to get to the central plaza, where the temple was full of curious people.

As she entered, she noticed a simple ladder leaning against the wall near the altar. The president's wife had climbed it to get a better view of

the spectacle; she glanced that she was pregnant. Immediately, her mind found an escape route. She asked for an axe to cut the saints instead of burning them. When it was handed to her, he gripped it tightly and began to swing it wildly, forcing the crowd to retreat as they screamed in fear. Meanwhile, her focus was on the ladder. The alarmed president begged her to stop, saying it was enough.

Some clapped cautiously, while others fled in fear at the woman's determination. Fear turns kind-hearted, simple people into cowards. They later released Don Prudencio. That same night, just as dawn began to break, a group of villagers knocked on her door, trying not to make a sound. They were carrying large bundles wrapped in cloth, with images of the Lady of Sorrows and a Christ bound by his hands. They asked Mrs. Andrea to hide them. Reluctantly, Don Prudencio agreed, fully aware of the danger it posed.

With nothing but the light of a small lantern, they dug until they made a hole in the garden and lined it with bricks and old clothes. There, they placed the images. Then, they covered it up and added some plants to disguise the spot in case something went wrong. After a few days, they unearthed the images because they had already found a safer place where they would stay until things calmed down. Years later, Mrs. Andrea also had to cut off her long hair to make the wigs that had been ruined. They still rest on the heads of the images.

The wind wanders through the village on some nights, and the cries of nocturnal birds can be heard in the distance. On other occasions, the silence lingers, and not a single leaf moves on the trees. One such night, Elena was reading by the light of two oil lamps; the small flames danced with the breeze, casting shadows with a mysterious halo. Suddenly, a prolonged scream pierced the silence. Elena knew about La Llorona from the tales her nanny had told and read to her in the fam, but this knowledge existed in the unreal world, a product of the fantasies she was told. However, hearing it, and hearing it again, was no longer a product of imagination.

She got up, her stomach tight with fear, and woke her husband. She convinced him to go into the yard or the street to investigate and see what was happening.

With lanterns in hand, other people began to appear little by little. Some joked, while others stayed silent, waiting for another scream to pinpoint its origin. What could it be? Although there were still thickets and overgrown fields around, wild animals were rare by now.

Could it be a cat in heat? After a while, when everyone started to doubt what they had heard, and someone was already suggesting going to the market to buy coffee, the scream cut through the air like an arrow.

No one said anything; silently, they began to retreat into their homes and close their doors. The next morning, the speculations and gossip would begin, and a group of the bravest and boldest was organized to investigate.

Meanwhile, oil lamps, lanterns, and candles lit the closed windows because no one could go back to sleep. Roosters began to crow.

The following day, no one talked about anything else at home. Some claimed to have seen her, dressed in all white with her long hair flowing, by the river. Others swore she was by the park near the church wall, while others spotted her in the cemetery, and the boldest ones saw her wandering through some streets. But above all, it was a sign that the year would be fatal. The elders recalled other stories, and the young street vendors who sold empanadas or chipilín tamales daily went door to door, collecting new anecdotes.

At nightfall, everyone went to bed early, but just in case, they hung garlic wreaths on their doors and went to church for mass and the rosary, where Father Miguel, aware of everything, scolded them for their superstitions, a useless effort. La Llorona existed, whether the priest liked it or not.

That night, many stayed awake, including Don Prudencio and his cowboy, ready with their powerful lamps and raincoats in case it rained. Just before dawn, when they started to get tired, they heard a long, mournful cry. Tiptoeing and taking cover behind shrubs and trees, they

slid through the narrow streets, trying to find the source. They reached the alley leading down to the river, and just then, a door opened silently, revealing a figure cloaked in a large cape. As it prepared to cry again, they jumped her from behind. The poor “Llorona” was utterly terrified.

It turned out to be a thief, desperate to see his beloved. In his eagerness, he had devised this ruse; she was married and occasionally left alone at night when her husband went to slaughter pigs or cattle at nearby ranches. After the scare, there were laughs, and the jokes quickly followed. He promised never to go out as La Llorona again, and the others agreed to keep it quiet, although, by the next day, everyone knew, except for the husband, of course.

The almond trees in the park shed their leaves while the tulips, night-blooming jasmine, and flamboyant trees bloomed. In the village, time seemed to stand still. Back then, few people traveled, and those who did usually went to Villahermosa on Don Marcial Gil’s boat. On Tuesdays, it would head upstream to Tacotalpa, dropping off the goods that merchants had ordered. On Saturdays, it returned to Villahermosa, stopping to take orders, which was when the local kids seized the chance to sell their goods: empanadas, coconut, sweet potato candies, or bitter orange candies wrapped in corn husk. Sometimes, during the dry season, the barge would get stuck as the river level dropped and the riverbank grew wide; in such cases, everyone pitched in, jumping into the river to help move the boat, playing and shouting jokes while the sailors used poles and oars to push it back afloat.

There was no distinction; rich and poor acted alike, shirtless and with pants rolled up, swimming or crouching by the shore with their trays or baskets beside them. They stayed there for a long time, tirelessly, and it was common to hear a sailor call from the boat, “Hey Roosevelt, pass the torrijas!” or “You, Stalin, take Don Boshó the machetes he ordered.” The kids’ names often echoed international politicians, biblical figures, or characters from Greek mythology, with an occasional Masiosare or Taquígrafo Pérez in the mix.

Elena smiles. Remembering and writing these stories might provide some relief to a head full of fantasies, memories, and similarities to the literature she encountered through her reading.

The landscapes are different; a bit of jungle remained rooted in those horseback journeys along mud-filled paths and thickets, where rustic hanging bridges would make the horses' legs tremble as they crossed, or those sunrises she watched lying back in a saddle, surrounded by cattle herd through challenging trails to the train tracks for shipment to Mexico.

It felt like a legend, like the ones her grandmother would tell her on rainy afternoons or during those endless evenings that filled the farm's porch with shadows. She was there once when suddenly, out of the darkness, a lantern appeared, the sound of horse hooves and a snort announcing the presence of a visitor who didn't want to risk crossing the river when it was high or because he feared el Sombrerón who rides horses at night lures walkers. It didn't cross anyone's mind that the living were going to mug them.

The river was flooded, and no one wanted to cross it. Yet this visitor only wanted permission to take the cayuco; he had great urgency. Although he was worried and offered him a lot of advice, his grandfather gave it to him. The next morning, the cowboys reported a lost horse going up and down the ravine; the canoe had been found wedged among willow thickets, submerged under the high water. They searched for the man for days, even setting up boards with candles to mark where the drowned was, but all in vain. Three days later, at the river bend that passed by the cacao fields, a group of vultures signaled his presence.

Imagination doesn't move people's hearts; memory does. Memories that lie hidden, only to suddenly leap out. I think some of them linger in the inherited genes or the mysterious subconscious memory. The threads of history have many ends, and Elena searches for her own space and time.

Today, as the jasmine bloomed, it feels as if Grandma Carmen were here, so many hours, mornings, afternoons, and evenings sitting on her

armchair by the window or in the large inner courtyard of the house, where the well stood and the lemon trees cast their shade and fragrance, and where big ferns, begonias, and night-blooming jasmine adorned a garden without order. She would spend her time knitting.

She was there when she heard the gunshots Pedro fired at the neighbor he'd fallen in love with and wanted to run away with. But since she was married, he couldn't make up his mind. Because of the chaos, Grandmother opened the balcony's shutters and looked out, only to see an attractive, imposing man skillfully reining in his horse. He turned, and when he saw her, he asked:

"What's your name?"

"Carmen." And since that was the name of the other woman, Pedro thought for a few seconds and said:

"I'll come on Sunday to ask for your hand and marry."

"All right," Carmen said, not knowing she was deciding her destiny of solitude and heartbreaks.

How could she find meaning in that act now, when she herself couldn't explain it later, even when telling the story? A month later, they were married. Her father gave them a farm close to Palizada, where he kept her, and she bore five children, one after another. Her husband was the one who traveled to town to bring back supplies and letters from her family, filled with news of everyday events. Her father continued to send her clothes, which arrived by ship from Spain and other parts of the world.

When the Revolution came and living on the estates became impossible, they decided to leave. The image of the canoe struck everyone tipped over the waterfall, leaving behind their dog, Lluvia, barking. For generations, female dogs in the family have carried that name. Town life changed their habits. The mandolin was heard again, crochet and tatting with shuttles became even more beautiful, and old friends began visiting frequently. They didn't wait long to inform her of Pedro's antics, affairs, and partying. Slowly, resentment and disappointment began to take hold. One afternoon, he was reading, as was his habit, ignoring

her while she sat knitting and complaining until, in a fit of rage, Pedro shouted at her:

“What, haven’t you noticed that I’ve never loved you?”

She stood up, put her knitting away, and after standing up, she said:

“And from this moment, I stop loving you.” She gathered her children and left for her father’s house; she never saw him again. He made several attempts to reconcile, but all were futile. So, he decided to join the Revolution and wander the world. When he returned, he found the family had left the town.

Years later, as an old man, he located them in Mexico and decided to spend seasons with each of his children. He devoted himself to showing the blueprints he always carried in an old briefcase, claiming they were to build a millet broom factory and other strange contraptions. No one ever paid him attention, so he drank a bottle of aguardiente daily and dreamed.

When Elena writes, she fears using irrevocable words that might define and determine the psychological chaos of some characters and their connection to the present story, even as she tries to remain objective. Years later, by coincidence, when he passed away, Carmen happened to be knitting. When her daughter told her that Pedro had died, she put down her work and simply said, “We’ll need to pray a few rosaries for him.” Their lives faded into nothing, leaving no trace except these lines on paper and the memories of an occasional family afternoon.

Today, it’s raining nonstop; the laurel tree sways its branches under the force of the wind, thunder bursts in the distance, the scents come alive, and the roof tiles sing with the rain. It’s just like when, at the estate, they would confine her under the pavilion so she wouldn’t go out, get wet, and run through the fields, bareback on her favorite horse if possible, just to feel the water arrows on her body, making her feel so free, so full of life.

Elena enjoys storms; they deepen the intimacy within the house. Chocolate tastes different, and the sound of words and certain conversations gain a softness that envelops and awakens the senses. Sensuality sharpens, and many elements bring back memories: warmth, smell, the atmosphere’s musicality, and taste.

On one of these afternoons, old Don Shebo arrived, walking with the tired gait of an ageless man. He wanted some provisions because he'd been sick with fevers that made it impossible for him to reach the town, four or five muddy leagues away, across narrow bridges. He also came to report that the cows had broken through the fence and wandered into the fields up the mountain by Juana's house, the forbidden world where the two mad sisters had secluded themselves to live out their fantasies.

The chimes of the old clock in the living room rang out, and, along with the squeaking of some bats that had slipped in through the gaps between the roof tiles and beams, they woke her up. She rose in silence and decided to take a walk along the corridors, wanting to see for herself the figure of the man who rode his horse on moonlit nights. All the workers talked about him and claimed it was the ghost of the former owner, who had gone mad for falling in love with his own sister. When she asked the adults, they stayed silent, preferring not to speak of such stories; only Lola, the nanny, had told her what happened.

He grew up in the capital and never came here until he inherited these lands. In the nearby town, he met a young woman who, being an orphan, was easily persuaded, and without further ado, they eloped and came to live here. They were happy for a time until a relative of hers arrived after discovering her whereabouts and confronted them. Furious, he forced the woman to return to her family and cursed the man forever.

A strong wind blew, swaying the branches of the trees, and from the mist rising over the fields at dawn, the figure emerged, trotting on his horse. She watched as he stopped, dismounted, and slung his saddle and tack over his shoulder. His heavy footsteps, boots with spurs, echoed in the silence while a female figure in a long gown with jasmine flowers in her hair slipped out to meet him. As they embrace, the wind strengthens, clouds cover the moon, and the mist dissipates.

The clock in the living room finished striking twelve.

He was found dead under the mango trees near the sandbar where the river bends; they covered his grave with a few stones right there.

Treasure hunters have often dug him up, claiming they see a light that reaches the treetops on moonlit nights.

Elena pauses. The child still pops up in her eyes. A police siren awakes her. Her mind's threads had woven themselves around the pen, giving life to words.

Traveling by boat from Frontera to Veracruz had become a nightmare. Everything was fine while the boat drifted down the river, and from the railing, one could watch the riverbanks lined with trees dipping their branches in the moving stream, like outstretched arms ready to protect them. A sense of emptiness and longing took hold of her. But once they entered the open sea and the shore faded away, the tide seemed never-ending. The crashing waves against the hull felt endless as if they might tear it apart. The constant rocking and the smell of tar from the dampened canvas made her nauseous.

Not even the sailors' attention or the warm compresses her mother placed on her stomach could settle her; they sent her to rest, promising that soon they'd see the port's docks.

Once they arrived in Veracruz and registered at the Hotel Colonial, everything changed. Even her parents seemed different. The streets, the cars, the cheerful hustle of the city transformed the images in her mind. It's easy to close the door on the space and time of childhood; there's always the eagerness for new things, and time can be split into the "before" and the "now." As everything grew different, images of the countryside, horses, the jungle, and the overgrown fields faded, taking the forest sprites along with them.

Later, the sound of their Mexico would lull the stories to sleep, the stories that crowded her childhood. Elena pauses; it's time to find another notebook and start over.

Dove sei, Elena?

di Bertha Ferrer

C'è un linguaggio che scorre, che unifica la storia; tuttavia, succede qualcosa per cui Elena rimane sempre una spettatrice passiva che si nasconde nei recessi della mia pelle e vuole solo raccontare i fatti così come sono. Sfoglia i quaderni, tutto sembra essere annotazioni che ha voluto scrivere perché ogni cosa le scivola tra le mani, e gli avvenimenti si dissolvono.

Oggi è passata davanti alla casa chiusa dove viveva Pedro Flores. Le riesce difficile immaginare le vite, le passioni che lì si consumavano giorno dopo giorno, notte dopo notte, intorno a un semplice tavolo, senza vernice, dove però si giocava e i capitali passavano di mano in mano. Pedro, orgoglioso, taciturno, a volte spento e tuttavia inflessibile quando qualcuno cercava di fare il furbo.

Lì sono rimasti i barattoli pieni di monete d'oro, custodite gelosamente da Doña Andrea¹ durante i tempi della rivoluzione messicana e di Garrido, che, essendo suo nemico, la sottoponeva a ogni sorta di angherie.

Vorrei pescare il libro della storia, ma ha tanti rami quanti ne ha l'albero che sta di fronte. Elena è nel portico della villa e ascolta il rumore di alcuni uccelli che arrivano e svolazzano. Beve del pozol², perché il caldo è opprimente, ma non riesce a mettere giù la penna. Ieri ha camminato sul marciapiede della vecchia villa, osservando i piccioni

¹ Nota del traduttore: Termine spagnolo di rispetto, utilizzato in Messico e in altri paesi di lingua spagnola davanti al nome di una donna, soprattutto se è di una certa età e posizione sociale.

² Bevanda tradizionale messicana a base di mais macinato e cacao, comune nel sud-est del Messico, specialmente negli stati di Tabasco e Chiapas.

che hanno preso possesso dei tetti, e si chiede come ci muoviamo nel tempo, dato che il nostro agire come esseri umani assomiglia a quello degli attori a teatro: ci danno un ruolo e ci immergiamo in esso, mentre nel frattempo, intorno a noi, gli eventi si trasformano, e i sentimenti che si risvegliano sono strati che avvolgono e influenzano i pensieri.

Vide e visse Doña Andrea come qualcosa di estraneo, tanto era orgogliosa e altezzosa ai suoi occhi, ma come non esserlo se i suoi momenti di felicità erano così brevi che nemmeno riusciva a notarli. Alta, robusta, molto chiara di carnagione, con uno sguardo d'aquila, inquisitorio e intelligente, alla morte della madre, quando era ancora piccola, si prese cura dei fratelli, Fernando e Arturo, vivendo in una pensione dove il padre li fece alloggiare affinché studiassero a Villahermosa. Crebbero come tanti giovani, senza tenerezza né ricordi domestici, forgiando un carattere forte che poi li avrebbe aiutati ad affrontare la vita.

Arturo fu ucciso in modo traditore. Era una ferita profonda, personale, una lotta contro l'odio e la frustrazione che a volte traboccavano in Fernando e in lei. Anni dopo, già sposata, i suoi figli morirono in modo piuttosto assurdo, come molte morti lo sono. Prima la bambina, una serva la fece cadere mentre giocava con lei; qualcosa si ruppe nelle sue viscere e non poterono salvarla. Lei, sola, con due remi per spingere il cayuco³, si trasferì a Villahermosa. Nell'alba, mentre il dottore la operava, morì. Sola, senza l'aiuto di nessuno, dovette seppellirla e tenere per sé il suo dolore.

Don⁴ Prudencio si è rimasto a badare al bambino maggiore che aveva appena sei anni. Quando la piccola è morta, il bambino si è svegliato piangendo e dicendo che Lourditas lo chiamava per andare con lei. Quando è tornato a casa, ha dovuto nascondere il dolore e inventare la storia di un viaggio della bambina a Città del Messico con suo zio Fernando affinché si curasse e stesse bene. Non sono servite a nulla le promesse, le coccole e a volte i rimproveri; il bambino continuava a dire la stessa cosa, ha smesso di mangiare e ha iniziato a dimagrire. La tristezza ha sopraffatto tutto,

³ Piccola imbarcazione tradizionale utilizzata in Messico, soprattutto nelle zone fluviali e costiere.

⁴ Titolo onorifico usato in Messico, simile a "signor," ma che implica un certo rispetto o status.

le piante che fiorivano sempre hanno cominciato a appassire, persino le ombre delle lucerne si allungavano di più; il bambino passava ore seduto su un balcone guardando in lontananza e ogni tanto chiedeva: “Papà, la senti? Lourditas vuole giocare e mi sta chiamando.”

Le piogge arrivarono e l'intero paese si mantenne a porte chiuse, preparandosi per l'inondazione che quell'anno minacciava di essere devastante, si legarono i serbatoi di petrolio che servivano per le lucerne e i candelabri. Poi si salivano al piano rialzato i mobili e i vestiti; Bisognava anche andare ad aprire il cancello di bestiame vicino, che si lasciava aperto affinché il bestiame cercasse i pascoli e la terra alta.

La colazione di quella mattina fu servita molto presto; Don Prudencio si preparava per fare un giro a cavallo, nel caso in cui un vitello fosse rimasto bloccato e morisse annegato.

Il bambino guardava il piatto come al solito, con i suoi occhi a mandorla pieni di tristezza e la sua pelle molto chiara, che già cominciava a sembrare trasparente. Con suppliche e coccole cercavano di dargli in bocca il cibo, ma tutto era inutile.

Con la fretta di quel giorno, il padre si fermò davanti al tavolo e, fingendo rabbia, gli disse: - Me ne vado, ma se in questa occasione torno e non hai mangiato, ti darò uno sculaccione. La mamma si alzò anche lei e andò in cucina perché stava preparando dei tamales⁵; forse ci sarebbe voluto un po' di tempo per tornare e quando lo fece, la sua sorpresa fu enorme: la faccetta del bambino era immersa nel piatto. Lo sollevò, lo pulì, gli praticava la respirazione, gridava, chiamava, tutto inutile, era morto in silenzio senza dare tempo a nulla.

Con quali parole si può descrivere il dolore?

Il grido interiore, la rabbia, l'impotenza, quel torrente che straripa impossibile da contenere e i pensieri che sono come spade ardenti.

Perché a me? Dov'è Dio? Non si può sapere come il corpo continui a funzionare. La penna rimane in silenzio. Entrare in un ricordo risveglia altri? I pugnali si affilano e trapassano di nuovo. Elena gestisce il sentimento e il pensiero.

⁵ Piatto tradizionale messicano a base di farina di mais ripieno di carne, verdure o altri ingredienti, avvolto in foglie di mais e cotto al vapore.

Vuole descrivere, narrare in modo lineare, sperando di poterlo fare senza che l'emozione partecipi.

Quando don Prudencio arrivò, il tremore del corpo non gli permetteva di stare in piedi e non aveva il conforto delle lacrime; respirava affannosamente come una fiera ferita, dovettero combattere con lui per togliergli la pistola con cui tentò di spararsi.

Da allora nella casa regnava il silenzio.

Oggi i guayacanes⁶ sono fioriti di nuovo, il sole scende come piombo, una leggera brezza tessuta il tappeto giallo dei marciapiedi e i petali volano come farfalle spaventate. Elena entra in casa, accende per un po' la televisione, cerca di guardare un telegiornale, ma la mente ha fatto un giro, si ferma nel passato come se avesse bisogno di vomitare, di tirar fuori tutto ciò che fa male, tutto ciò che hanno suggerito le storie che le hanno raccontato e quelle che segnano la pelle.

Così, sente che la vita si muove tra sogni: il sogno che l'immaginazione dà e quello delle situazioni che l'accadere quotidiano fornisce. Jalapa⁷ con i suoi mandorli, con le sue recinzioni di gelsomino e patchouli⁸ e le strade coperte di prato che ormai non esistono più; si sono perse insieme ai ruscelli che si formavano quando pioveva, dove si mettevano le barche di carta per inventare un viaggio. Tutto è stato coperto dall'asfalto.

Le storie traboccano come il fiume mentre segue il suo corso. Così, fermarsi a un angolo di fronte alla chiesa significa vedere Cila dietro il bancone del suo negozio, che misura i tessuti che vendeva. Fino a lì arrivavano tutte le storie del paese; niente accadeva senza che lei lo sapesse, viveva con un flusso di aneddoti. Grazie a lei, Elena venne a sapere del silenzio che circondò doña Andrea per due o tre anni. Nessuno del paese la salutava né la visitava, suo fratello ebbe l'audacia di sparare a Garrido e lei, di persona, si rifiutò sempre di bruciare immagini⁹

⁶ I guayacanes sono alberi dai vivaci fiori gialli, comuni nello stato messicano di Tabasco e in altre regioni tropicali dell'America Centrale e Meridionale. La loro fioritura crea paesaggi di grande bellezza, soprattutto durante la stagione secca.

⁷ Città situata nello stato di Tabasco, in Messico, nota per il suo clima tropicale e i suoi paesaggi ricchi di vegetazione

⁸ Fiori e piante aromatiche comuni in Messico, noti per il loro profumo.

⁹ Durante la Rivoluzione messicana (1910-1920), in alcune regioni si verificarono conflitti religiosi legati

sacre quando cercavano di obbligarla; in un'occasione, suo marito fu arrestato per diverse settimane e, sebbene lui le inviava continuamente messaggi chiedendo di fare qualcosa perché stare rinchiuso in prigione era spaventoso e stava cominciando a ammalarsi, lei rimase inflessibile; cosa poteva fare senza trasgredire i suoi principi?

Un pomeriggio, quando le fu comunicato che suo marito aveva la febbre molto alta, si decise e inviò una nota al sindaco dove indicava di convocare la gente del paese in chiesa perché sarebbe andata a bruciare santi, ma lui doveva liberare suo marito. Le stradine che doveva percorrere le sembrarono lunghe prima di arrivare al parco dove si trova il tempio, che era affollato di curiosi.

Entrando, notò che vicino all'altare c'era una scala semplice appoggiata al muro e che su di essa si era arrampicata la moglie del sindaco per vedere meglio lo spettacolo; notò anche che era incinta. Immediatamente, la sua mente trovò l'uscita, chiese un'ascia per tagliare i santi invece di bruciarli; quando la ebbe tra le mani, la strinse con forza e cominciò a colpire l'aria con colpi d'ascia, facendo indietreggiare le persone che gridavano spaventate, mentre il suo sguardo era rivolto verso la scala, il sindaco allarmato, cominciò a chiederle di fermarsi, che era già abbastanza.

Alcuni applaudivano discretamente e altri scapparono di fronte alla determinazione della donna; la paura rende codardi le persone semplici e gentili. Dopo, liberarono don Prudencio. Quella stessa notte, all'inizio dell'alba, un gruppo di persone del paese bussò alla sua porta cercando di non fare rumore; portavano enormi pacchi avvolti, erano le immagini della Vergine Addolorata e un Gesù con le mani legate, volevano che doña Andrea le nascondesse. Don Prudencio accettò a malincuore per il pericolo che rappresentava¹⁰.

alla Chiesa cattolica. L'atto di bruciare statue o immagini sacre spesso rappresentava una dimostrazione di potere politico o religioso. Alcune comunità furono costrette a compiere questi atti per mostrare fedeltà a determinate fazioni o per evitare rappresaglie, rendendo l'episodio un simbolo di resistenza e conflitto interiore per molti fedeli.

¹⁰ Durante il governo di Tomás Garrido Canabal (1920-1930), nello stato di Tabasco, il regime promosse una politica fortemente anticlericale con un marcato orientamento socialista e ateo. Le manifestazioni religiose furono severamente repressi e la Chiesa cattolica fu perseguitata. Nascondere immagini sacre, come quelle

Con la sola luce di una candela, scavarono fino ad aprire un buco nel giardino, lo foderarono con mattoni e vestiti vecchi. Lì deposero le immagini, poi lo coprirono e posero alcune piante per camuffare il tutto, nel caso fosse successo qualcosa. Dopo alcuni giorni, le riesumarono perché avevano già trovato il luogo dove sarebbero rimaste finché le cose si tranquillizzavano. Anni dopo, anche doña Andrea dovette tagliare la sua lunga chioma per fare le parrucche che si erano rovinate. Ancora oggi, rimangono sulle teste delle immagini.

Il vento passa per il paese alcune notti e in lontananza si sentono i gridi degli uccelli notturni; in altre occasioni il silenzio si allunga e non si muove nemmeno una foglia degli alberi. In una di queste notti, Elena stava leggendo con l'aiuto di due lucerne accese; le piccole fiamme facevano certi movimenti con l'aria che dava alle ombre un alone di mistero. Improvvisamente, un grido prolungato attraversò il silenzio; grazie a letture e racconti della nonna nella fattoria, sapeva della Llorona¹¹, ma questa conoscenza aveva una presenza nel mondo irreal e nelle fantasie che certe narrazioni le avevano fornito. Ma sentirlo, e per la seconda volta, non era più prodotto dell'immaginazione.

Si alzò con lo stomaco oppresso dalla paura, svegliando suo marito; lo convinse a uscire in cortile o per strada per indagare e vedere cosa stesse succedendo.

Con lampade a mano, poco a poco cominciarono a comparire altre persone; alcuni scherzavano, mentre altri rimanevano in silenzio, in attesa di un nuovo grido per localizzarlo. Cosa sarebbe stato? Nonostante ci fossero ancora della malerba nei dintorni e zone paludose, gli animali selvatici erano ormai rari.

Qualche gatto in calore? Dopo un po', quando tutti cominciarono a dubitare di ciò che avevano sentito e qualcuno stava già proponendo di

descritte nel testo, rappresentava un atto pericoloso, in quanto poteva essere interpretato come un'opposizione al governo, portando a gravi conseguenze, tra cui arresti, confische e persino esecuzioni.

¹¹ Figura leggendaria del folklore latinoamericano, particolarmente radicata in Messico. Secondo la tradizione, si tratta dello spirito di una donna che vaga piangendo disperatamente alla ricerca dei suoi figli, spesso associata a storie di tragedia e rimorso. La sua apparizione è considerata un presagio di sventura. La leggenda, profondamente radicata nella cultura popolare, varia leggermente a seconda della regione, ma conserva il suo carattere di simbolo di dolore e perdita.

andare al mercato per prendere un caffè, di nuovo il grido attraversò l'aria come una freccia.

Nessuno disse nulla, silenziosamente iniziarono a rientrare nelle loro case e a chiudere le porte; la mattina seguente sarebbero state fatte congetture e commenti, inoltre si organizzò un gruppo di più coraggiosi e audaci per indagare.

Nel frattempo, le lampade, le lucerne e le candele illuminavano le finestre chiuse perché nessuno poté tornare a dormire, i galli iniziarono a cantare.

Il giorno dopo, in tutte le case non si parlava d'altro, alcuni dicevano di averla vista con il suo vestito bianco e i lunghi capelli lungo il fiume, altri nei pressi del parco vicino al muro della chiesa, altri ancora la collocavano nel cimitero e i più audaci la vedevano vagabondare per alcune strade, ma soprattutto, era un presagio che quell'anno sarebbe stato fatale. I più anziani ricordavano altre storie, mentre i ragazzi che si dedicavano alla vendita quotidiana di empanadas o tamales de chipilín¹² raccoglievano di porta in porta nuove aneddoti.

Al calar della sera tutti si coricarono presto, ma per precauzione appesero una corona d'aglio alle porte e andarono in chiesa per la messa e il rosario affinché il padre Miguel, informato di tutto, li rimproverasse per superstiziosi, uno sforzo inutile; La Llorona esisteva, anche se il sacerdote non lo voleva.

Quella notte molti rimasero svegli, tra cui don Prudencio e il suo mandriano, pronti con le loro potenti lampade e i mantelli di gomma per caso piovesse. Quando, verso l'alba, iniziava a stancarsi, si udì un lungo e lamentoso grido; cercando di non fare rumore e riparandosi all'ombra di alcuni arbusti e alberi, si scivolarono per le viuzze cercando di localizzare il suono. Arrivarono al vicolo che scende verso il fiume, una porta si aprì silenziosamente, apparve una figura con un grande mantello; nel momento in cui si preparava a gridare, le piombarono addosso, lo spavento che si prese la povera "Llorona" fu enorme.

¹² Le empanadas sono fagottini di pasta ripiena, fritti o cotti al forno, mentre i tamales sono involtini di pasta di mais avvolti in foglie e cotti al vapore. Il chipilín, una pianta tipica del Messico, è un ingrediente comune in queste ricette tradizionali.

Si rivelò un amante del proibito che, nella sua disperazione di vedere la sua amata, escogitò l'astuzia, poiché essendo questa sposata, alcune notti restava sola perché il marito macellava maiali o bovini nelle fattorie. Dopo lo spavento, vennero le risate e non mancarono le battute; promettette di non uscire più come La Llorona e gli altri di non raccontare nulla, anche se il giorno dopo, tutto il mondo lo sapeva, tranne il marito, naturalmente.

Gli alberi di mandorlo del parco hanno perso le foglie, i tulipani fiorivano, il gelsomino notturno e l'albero di fuoco. Nel paese sembrava che il tempo si fosse fermato; in quel periodo pochi viaggiavano, e quelli che lo facevano andavano di solito a Villahermosa con la barca di don Marcial Gil. Il martedì risaliva il fiume fino a Tacotalpa, lasciando le merci che i commercianti gli avevano ordinato; il sabato tornava verso Villahermosa e si fermava per ricevere gli ordini, momenti che i ragazzi sfruttavano per offrire le loro vendite: empanadas, dolci di cocco e patata dolce, o di arancia amara avvolti in joloché¹³.

A volte, durante la stagione secca, la chiatta si arenava perché il fiume era sceso molto e la spiaggia era grande; in quelle occasioni tutti aiutavano, tuffandosi nel fiume per cercare di muovere la barca. Giocavano e si lanciavano scherzi, mentre i marinai estraevano i longheroni e i remi per spingere e riuscire a far galleggiare la barca. Non c'era distinzione, ricchi e poveri agivano allo stesso modo, senza camicie e con i pantaloni arrotolati, nuotavano o si sedevano in posizione accovacciata con le loro vassoi o ceste accanto. Così rimanevano a lungo senza stancarsi, e spesso un marinaio dal barcone chiamava: "Ehi Roosevelt, passa le frittelle!" Oppure, "Tu, Stalin, porta i machete¹⁴ ordinati da *don Boshol*!" I nomi dei ragazzi spesso ricordavano politici internazionali, personaggi biblici o della mitologia greca, senza tralasciare un Tizio o un Caio. Elena sorride, ricordare e scrivere queste esperienze forse servirà a liberare una testa piena di

¹³ il joloché è la foglia secca che avvolge il mais maturo; in altre parti del paese, viene utilizzata per avvolgere i tamales.

¹⁴ Il machete è un grande coltello dalla lama larga e lunga, utilizzato principalmente come attrezzo agricolo per tagliare vegetazione o canne, ma anche come strumento di lavoro quotidiano nelle regioni rurali dell'America Latina.

fantasie, di ricordi, di eventi e somiglianze con la letteratura trovata attraverso le letture.

I paesaggi sono diversi, una parte della giungla è rimasta radicata nei viaggi a cavallo per sentieri fangosi e pieni di cespugli, dove i ponti sospesi rustici facevano tremare le zampe dei cavalli quando li attraversavano, o quei mattini che vedeva sdraiata su una sella, circondata dal bestiame che veniva condotto lungo sentieri difficili fino a raggiungere la ferrovia per essere caricato verso la Città del Messico.

Sembrava una leggenda, come quelle che le raccontava la nonna durante i pomeriggi di pioggia o in quelle notti infinite che riempivano di ombre il portico della villa. Un giorno, mentre era lì, nella completa oscurità appare una lanterna: il suono degli zoccoli di un cavallo e il suo sbuffare annunciano la presenza di un visitatore che preferisce non rischiare di attraversare il fiume in piena o perché teme il Sombrerón¹⁵ che cavalca i cavalli di notte e fa smarrire i viaggiatori. Non si pensava mai che i vivi potessero attaccarli.

Il fiume era in piena e nessuno voleva attraversarlo, ma questo visitatore cercava solo il permesso di prendere la canoa perché la sua urgenza era grande; il nonno glielo concesse, preoccupato e carico di raccomandazioni. La mattina seguente, i mandriani avvisarono che un cavallo andava su e giù per la scarpata, come se fosse smarrito; la canoa era stata trovata incagliata tra i salici sommersi dalla piena del fiume. Cercarono l'uomo per giorni e persino misero le tavole con candele che segnano il punto in cui si trova l'annegato; tutto inutile. Tre giorni dopo, nella curva che il fiume fa passando per le piantagioni di cacao, un gruppo di avvoltoi segnalò la sua presenza.

Non è l'immaginazione a commuovere, ma la memoria, i ricordi che restano in agguato e improvvisamente emergono. Alcuni, credo, persistono nell'eredità dei geni o in quella memoria inconscia così enigmatica. I fili della storia hanno molte estremità, ed Elena cerca il suo spazio e il suo tempo.

¹⁵ Figura del folklore latinoamericano, rappresentata come uno spirito che cavalca i cavalli di notte e fa smarrire i passanti.

Oggi, con la fioritura del gelsomino, è la nonna Carmen a rendersi presente. Passava molte ore seduta nel suo salotto vicino alla finestra o nel grande patio interno della villa, dove il pozzo e i limoni davano ombra e fragranza. Là, grandi felci, begonie e gelsomino notturno adornavano un giardino senza ordine, e lei trascorreva il tempo a lavorare a maglia.

Si trovava lì quando udì gli spari che Pedro sparò alla vicina di cui si era innamorato e che voleva portare via con sé. Tuttavia, siccome lei era sposata, esitò; quindi, nel trambusto, aprì il balcone e si affacciò, trovandosi davanti un uomo attraente e di bell'aspetto, che faceva volteggiare il suo cavallo. Lui si girò e, vedendola, le chiese:

- Come ti chiami?

- Carmen

E poiché anche l'altra donna si chiamava così, Pedro esitò solo per un attimo, poi le disse:

- Domenica vengo a chiedere la tua mano per sposarci.

- Va bene –rispose Carmen, ignara di segnare così il suo destino di solitudine e disamore. Come dare un senso a quell'atto ora, se neanche lei avrebbe saputo spiegarselo più tardi, quando lo raccontava?

Un mese dopo si sposarono, e il padre di lei regalò loro una villa a Palizada, dove lui la rinchiuse per avere figli: ne ebbe cinque in totale, uno dopo l'altro. Il marito si occupava dei viaggi in paese per portare le provviste e le lettere della famiglia, in cui le raccontavano i fatti quotidiani; suo padre continuava a spedirle i vestiti che arrivavano in barca dalla Spagna e da altre parti del mondo.

Quando scoppiò la Rivoluzione e vivere nelle fattorie divenne impossibile, decisero di andarsene da lì. A tutti rimase impressa l'immagine di quando il cayuco si staccò dal burrone e la sua cagna, Lluvia, rimase a abbaiare. Diverse generazioni di cani in famiglia hanno portato il suo nome. La vita in paese cambiò le abitudini: la mandolina tornò a suonare, i lavori di crochet e di frivolidé con la navetta divennero più belli, e soprattutto non mancavano le visite di vecchi amici, che non tardarono a informarla delle scorribande di Pedro, delle sue avventure amorose e delle sue feste. Così, poco a poco, il coraggio e la delusione

presero il sopravvento. Una sera lui stava leggendo, come di solito, senza prestarle attenzione, e lei stava lavorando a maglia e brontolando, finché in un impeto di furia Pedro le urlò:

Che cosa! Non ti sei resa conto che non ti ho mai amata?

Lei si alzò, mise via il lavoro a maglia e, in piedi, gli rispose:

-E io, da questo momento, smetto di amarti. Riunì i suoi figli e con loro andò a casa di suo padre, e non lo rivide mai più. Fece diversi tentativi per avvicinarsi, tutti inutili, così decise di arruolarsi nella Rivoluzione e girare il mondo. Quando tornò, non trovò più la famiglia nel paese. Da vecchio li rintracciò nella Città del Messico e decise di vivere a turno con ciascuno dei suoi figli. Si dedicava a mostrare i progetti che portava sempre con sé in una vecchia cartella, dicendo che era un progetto per una fabbrica di scope di miglio e altri strani oggetti, ma nessuno gli prestò mai attenzione, così ogni giorno si scolava una bottiglia di acquavite e sognava.

Anni dopo, per coincidenza, quando lui morì, Carmen stava lavorando a maglia. Quando sua figlia le disse che Pedro era morto, posò il lavoro e disse semplicemente: **“Bisognerà recitare il Rosario.”**

Le loro vite si persero nel nulla, senza lasciare tracce durature, solo queste righe su carta e i ricordi di qualche pomeriggio in famiglia.

Oggi piove senza sosta, l'alloro ondeggia i suoi rami sotto l'assalto del vento, in lontananza esplodono i lampi, i profumi si accendono e le tegole cantano con la pioggia, come quando nella fattoria la rinchiudevano sotto il padiglione per non farla uscire a bagnarsi e correre per i campi, se possibile, cavalcando a pelo il suo cavallo prediletto, per sentire le frecce d'acqua sul corpo che la facevano sentire così libera, così piena di vita.

Elena gode delle tempeste; nelle case si accentua l'intimità, la cioccolata ha un sapore diverso, il suono delle parole e alcune conversazioni donano una morbidezza che avvolge e risveglia i sensi, la sensualità si acuisce. Sono diversi i motivi del ricordo: il calore, l'odore, la musicalità dell'ambiente e il sapore. In un pomeriggio come questo, don Shebo arrivò con il suo passo stanco da vecchio senza età; voleva che gli procurassero dei viveri perché aveva

avuto delle febbri che gli rendevano impossibile arrivare fino al paese, distante quattro o cinque leghe, lungo sentieri fangosi e ponti con un'unica ringhiera. Voleva anche avvisare che le mucche avevano rotto il recinto e si erano spinte nel bosco montuoso di malerba che circondava la casa di Juana, il mondo proibito dove si erano rinchiuso le due sorelle pazze per vivere le loro fantasie.

Suonarono le campane del vecchio orologio del salotto, e questo, insieme allo stridio di alcuni pipistrelli che erano entrati attraverso gli spazi tra le tegole e le travi, la svegliò. Si alzò in silenzio e decise di fare un giro per i corridoi, voleva vedere con i propri occhi la figura dell'uomo che si aggirava a cavallo nelle notti di luna. Tutti i lavoratori ne parlavano e assicuravano che fosse l'anima dell'antico proprietario, impazzito d'amore per la propria sorella. Chiede agli adulti, ma non le rispondono; preferiscono tacere su queste storie. Solo Lola, la tata, le ha raccontato come sono andate le cose.

Lui crebbe nella capitale e non venne mai fino a quando non ereditò queste terre. Nel paese vicino conobbe una ragazza che, essendo orfana, si lasciò convincere e senza ulteriori preamboli fuggirono, venendo a stabilirsi in questi luoghi. Così rimasero felici per un po' di tempo, finché arrivò un suo parente che, venuto a sapere della situazione, la andò a cercare; dopo una grande discussione, furibondo, obbligò la donna a tornare dai suoi e lo maledisse per sempre.

Un vento forte arriva scuotendo i rami degli alberi e dalla nebbia che si solleva nei campi all'alba, emerse la figura con il cavallo al trotto; lo vede fermarsi, togliergli la sella e caricarsela sulla spalla insieme ai finimenti. I suoi passi forti, con gli stivali e gli speroni, si possono sentire, mentre una figura femminile con lunghe gonne e gelsomini tra i capelli si fa avanti per andare incontro a lui. Quando si fondono in un abbraccio, il vento si fa più forte, alcune nuvole coprono la luna e la nebbia svanisce.

L'orologio del salotto finisce di battere i dodici rintocchi.

Lo trovarono morto sotto i manghi vicino alla spiaggia dove il fiume fa una curva; lì stesso coprirono la sua sepoltura con alcune pietre. In

diverse occasioni, i cercatori di tesori lo hanno dissotterrato, perché si dice che nelle notti di luna appaia una luce che sale fino alle cime degli alberi.

Elena si ferma, la bambina continua a mostrarsi nei suoi occhi, la sirena di una macchina della polizia la sveglia, i fili della mente si sono intrecciati alla penna per creare le parole. Viaggiare in barca da Frontera a Veracruz si trasformò in un incubo. Andava tutto bene finché questa scivolava sul fiume e dalla ringhiera si potevano contemplare le rive piene di alberi che immergevano i rami al passaggio della corrente, sembravano braccia allungate pronte a proteggerli. Una sensazione di vuoto e assenza si impadronisce di lei. Quando entrarono nel mare e la costa si allontanò, la marea non si fermava mai, il colpo delle onde contro lo scafo era interminabile, sembrava che stessero per romperlo; il continuo dondolio e l'odore di catrame delle tele umide la riempiono di nausea.

Né l'attenzione dei marinai né gli impacchi che sua madre le metteva sulla bocca dello stomaco riuscivano a calmarla; ogni tanto la mandavano a dormire con la promessa che presto avrebbero avvistato i moli del porto.

Quando arrivarono a Veracruz e si sistemarono all'Hotel Colonial, tutto cambiò, perfino i suoi genitori sembravano diversi. Le strade, le macchine, l'allegria vivacità della città trasformarono le immagini. Chiudere una porta sullo spazio e sul tempo dell'infanzia non è difficile, c'è sempre la voglia delle cose nuove, e il tempo si può dividere in prima e adesso. Con tutto diverso, le immagini della campagna, dei cavalli, della giungla e della malerba si sciolsero insieme ai folletti.

Poi il rumore del treno che li portava a Città del Messico avrebbe addormentato le storie che avevano popolato la sua infanzia. Elena si ferma, è il momento di cercare un altro quaderno e ricominciare.

Pan de muerto

Amira Rosas

Jaime Cruz Triana

Elizabeth Djinis

Traducción en Inglés

Ixtchel Alarcón Navarrete

Traducción en Italiano

Premio Universitario de Cuento

“Teutila Correa de Carter”

Feria Universitaria del Libro de Tabasco 2013

El H. Jurado estuvo integrado por los escritores:

Magnolia Vázquez Ortiz

José Manuel Tames

Luis Chávez Fócil



Amira del Carmen Rosas Priego. (26 de abril de 1982 - 31 de enero de 2026). Escritora y promotora cultural tabasqueña, Amira del Carmen Rosas Priego dedicó buena parte de su vida al cultivo de la palabra y a la formación de lectores. Convencida de que la literatura constituye un puente entre las personas y su tiempo, participó activamente en diversos proyectos de difusión cultural y fue integrante del Programa Nacional Salas de Lectura, desde donde impulsó el acercamiento de niños, jóvenes y adultos al universo de los libros.

Su vocación narrativa la llevó a desarrollar una obra marcada por la sensibilidad, la observación de la vida cotidiana y el profundo aprecio por las emociones humanas. En 2013 obtuvo el Premio Universitario de Cuento “Teutila Correa de Cáster”, otorgado por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, con el relato *Pan de muerto*. Asimismo, publicó el libro *Entre postres te veas*, donde reunió historias que revelan su mirada entrañable y su particular manera de entender el mundo.

Mujer generosa, entusiasta y comprometida con la cultura de su estado, dejó una huella imborrable entre quienes compartieron con ella el amor por las letras. Su legado permanece vivo en su obra y en la memoria de la comunidad cultural tabasqueña, que reconoce en ella a una incansable promotora de la lectura y a una escritora cuya voz continúa acompañando a sus lectores.

Pan de muerto



Es un día especial, observo la receta del manual de cocina que compré para esta ocasión. Simulo arremangarme unas mangas inexistentes y comienzo la obra culinaria.

En un traste de plástico coloco agua tibia, disuelto levadura y harina para formar una pasta. Después la hago bola, según las instrucciones debo dejarla reposar hasta que duplique su tamaño, y eso puede tardar una hora o más.

Mientras esto pasa, no puedo dejar de pensar en Francisco. Recuerdo cuando lo conocí en una convención, estuve paseando por una hora y había catalogado el evento como un fiasco. Anunciaron la presentación de una película en el auditorio del lugar. Estaba lleno, pero una mano amable señaló un lugar vacío a lado suyo, ése era Francisco. La conexión fue inmediata, platicamos sin parar. Salimos del auditorio, porque era más interesante interactuar entre nosotros. Intercambiamos números y nos citamos para otro encuentro.

La bola iba a tardar mucho, mejor me puse a hacer el siguiente paso de la receta. En la mesa de la cocina puse harina cernida, le hice un agujero en el centro, poco a poco añadí quince cucharadas de azúcar, una pizca de sal, dos huevos enteros, siete yemas, té de azahar, té de anís, ralladura de naranja, manteca y margarina.

Amasé la mezcla tomándola de los extremos y llevándola al centro. Era un trabajo que debía durar de veinte a treinta minutos. Mientras lo hacía, vino a mi memoria el siguiente encuentro con Francisco en una reunión con unos amigos, nos divertimos ese día. Desde entonces, todos los fines de semana se hacía el tiempo para visitarme. Veíamos películas, debatíamos sobre diversos temas y disfrutábamos de la mutua compañía.

La bola que había dejado reposar estaba lista, la incorporé a la mezcla previa y seguí amasando otro rato, hasta que ambas masas se incorporaron bien. Luego le di a la masa una forma alargada, cogí uno de sus extremos y azoté el otro sobre la mesa como si fuera un martillo.

Hice lo mismo con el otro extremo. Repetí el proceso cuatro veces hasta que se formaron burbujas y la masa se desprendía fácilmente de la mesa. Al final junté ambos extremos.

Mientras azotaba la masa, mi mente se remontó al 15 de septiembre del 2007, lo recordaría no por celebrarse la Independencia de México, sino porque Francisco me pidió que fuera su novia. Fue conmovedor. Me tomó de las manos y me reveló sus sentimientos. Le contesté que no, porque en esos momentos estaba confundida, mis sentimientos por él no eran claros. Pero insistió tanto que decidí darle una oportunidad, jamás me arrepentí.

Era hora de formar una bola con la masa, untarla con manteca y colocarla en una cacerola. La cubrí con un trapo limpio y húmedo. Se debía dejar reposando en un lugar tibio hasta que duplicara su tamaño, decidí dejarla sobre la estufa. Según la receta este paso iba a durar más de dos horas. Suspiré fastidiada.

Me senté en la mecedora de mi casa, con un libro y un despertador que programé para dos horas. No me pude concentrar en la lectura, mi mente divagaba en todas las ocasiones que conviví con Francisco. Las películas vistas, los restaurantes visitados, las tardes pasadas en su negocio, los días de compras; que eran más agradables en su compañía.

Recuerdo con claridad el momento en que decidió retomar sus estudios universitarios, su cara de felicidad cuando pasó el examen de admisión para la carrera de gastronomía. Las noches de desvelos para las tareas y los trabajos en equipo. Probar lo que cocinaba en sus prácticas escolares, con lo cual obtenía experiencia.

No podían faltar los días de San Valentín, donde cada año tratábamos de superar el regalo anterior. Los cumpleaños con pasteles sorpresa y los obsequios deseados. Las navidades compartidas; esto último me enterneció porque él me confesó que no le gustaba celebrar las fiestas decembrinas, hasta que me conoció.

En mi memoria recreé cuando me propuso matrimonio por medio de un video, con la canción de "Let it be" de los Beatles, su grupo musical favorito. En este punto, el reloj despertador sonó y me sobresalté. Limpié unas lágrimas que resbalan por mis ojos, tenía que continuar con la receta.

Saqué la masa de la cacerola, la amasé por al menos diez minutos. Separé un poco para darle forma de tiras gruesas y una bolita, las dejé a parte. Engrasé la charola donde puse el resto de la masa, a la cual le di forma de óvalo. Volví a verificar la receta, debía dejarla reposando otros treinta minutos. Volví a programar el reloj despertador por media hora.

Traté de regresar a mi lectura, pero mi cerebro buscaba retornar a mis recuerdos. Sin poder evitarlo, rememoré la comida que hicimos para nuestras familias y anunciarles nuestro compromiso, todos estaban felices por nosotros. Después vinieron los meses de la planeación nupcial.

El reloj despertador me desconcertó. Sonó varias veces hasta que puede reaccionar y apagarlo. Suspiré, ahora debía batir un huevo, con esta mezcla untar las tiras gruesas y la bola que había separado anteriormente. Al parecer debía fungir como una especie de pegamento para que estas piezas quedaran adheridas al óvalo de masa. Mientras lo dejaba reposar, prendí el horno a 200 grados centígrados, lo dejé precalentando quince minutos.

Mientras me sentaba a esperar, mi mente regresó al momento en que Francisco no estaba muy bien de salud. Un agrandamiento anormal en su testículo izquierdo indicaba que las cosas no estaban bien. Lo insté a ir al médico, pero no quiso, no le dio importancia.

Pasado el tiempo convenido, coloqué la charola durante quince minutos.

Mi cerebro volvió a un punto del tiempo, donde faltaban tres meses para la boda. La anormalidad en el testículo de Francisco había crecido mucho. Aún renuente fuimos al urólogo en la mañana. En la tarde nos dieron los resultados, era un tumor cancerígeno maligno. Esa misma noche lo internaron y operaron. Había salido bien, pero el cáncer se había expandido al páncreas y al pulmón. Debían iniciar las sesiones de quimioterapia.

Pasaron los quince minutos, ahora debía reducir la temperatura del horno a 170 grados centígrados y dejar la masa cocer por diez minutos. Entonces estaría lista.

Fue un año difícil, se aplazó la boda. Sus padres y los míos colaboraron económicamente para las sesiones de quimioterapia y los medica-

mentos. Me convertí en su enfermera personal. No me molestaba hacerlo, porque estaba segura que lo superaríamos. Lo más complicado había pasado, sólo había que acabar con los restos de las células cancerígenas. Cada sesión indicaba que iba bien, reduciendo poco a poco el peligro.

El pan estaba listo. Lo saqué de la cacerola y lo coloqué en un refractario circular. Faltaba barnizarlo, para eso se debía preparar una mezcla. En un pocillo puse una cucharada de harina cernida, una cucharada sopera de azúcar y dos tazas de agua, las puse a fuego lento y meneé con una cuchara hasta formar un jarabe, la retiré de la estufa y lo dejé enfriar.

Mientras se enfriaba, claramente podía ver en mi mente a Francisco triste, porque sentía que era un estorbo para mí por cuidarlo. Entre familiares y amigos tratamos de animarlo. Celebramos su cumpleaños con mucho entusiasmo, aunque estaba calvo y sin cejas, se veía feliz por estar rodeado de todas las personas que lo querían. Los siguientes meses se veía más cansado, pero el médico nos daba ánimo, porque sus estudios marcaban que las células cancerígenas iban decreciendo.

El jarabe estaba fresco. Con una pequeña brocha empecé a barnizar el pan y le espolvoreé azúcar glass. Al fin había terminado, ahora podría alistarme. Mi cita era a las cinco de la tarde, apenas contaba con tiempo para bañarme y arreglarme. Una vez lista, revisé que no olvidara nada y salí de la casa.

Coloque mi pan sobre el asiento de copiloto del coche junto a un termo con chocolate. Me subí y comencé el largo trayecto hacia mi destino. Para mi sorpresa la carretera estaba despejada. En ese estado de relajamiento, mientras mi cuerpo por inercia conducía la ruta conocida, mi mente volvió a divagar.

Francisco había regresado a casa de sus padres, disminuyendo la carga de cuidados hacía mí. Estaba trabajando cuando recibí la llamada. Mi prometido había colapsado y estaba internado en el hospital. Me excusé con mi jefe y salí corriendo del lugar. Al llegar a la sala de espera, mi suegra me explicó que Francisco convulsionó repentinamente y tuvieron que llamar una ambulancia. Desde que lo internaron no había despertado. Me dejaron pasar, desde ese momento me quedé con él.

Detuve abruptamente el auto, por poco paso un alto del semáforo. Respiraba agitadamente. El refractario estaba bien, pero el termo de chocolate se había caído. Por suerte no se derramó nada, así que lo volví a colocar en su lugar. Debía poner más atención al camino. Llegué y busqué donde estacionarme. El lugar estaba lleno. Había vendedores de flores por todos lados, el aroma me tranquilizó. Coloqué mi cabeza en el volante y cerré los ojos.

La tercera noche que estuvo internado, Francisco volvió a colapsar. Según los médicos, ya no había salvación, las células cancerígenas habían logrado llegar al cerebro, formando un pequeño tumor que hizo metástasis. En los estudios no se reflejó esa anomalía, hasta que fue tarde. Mi prometido seguía vivo por un respirador. Dejaron la decisión a sus padres el desconectarlo, a mi no me correspondía porque yo no era su esposa, sólo su novia.

Sus padres llenos de angustia decidieron terminar con su sufrimiento. Se dio tiempo para que familiares y amigos pasaran a la habitación a despedirse. Cuando fue mi turno, me costó trabajo contener mis lágrimas. Le dije que fue un placer haberlo conocido, que me hizo una mujer muy feliz, a pesar del corto tiempo que convivimos. Le encomendé que no se preocupara, que vería por sus padres y sus hermanos. Que se fuera en paz. Le di un beso en sus labios y le acaricié la cabeza.

Salí de la habitación, pasé por la sala de espera sin despedirme de nadie, salí del hospital a toda prisa y busqué un lugar tranquilo para llorar. Francisco dejó de existir a las 14:00 horas el 30 de octubre del 2010. No fue necesario desconectarlo, cómo último acto de nobleza expiró por sí mismo, quitando una gran carga a sus padres.

El sonido de un claxon me hizo volver a la realidad. Accidentalmente lo accioné con mi frente mientras estaba sumida en mis pensamientos. Suspiré, como si un gran alivio recorriera mi cuerpo. Salí del coche con mi refractario y el termo. Caminé hacia la entrada del cementerio. El lugar estaba lleno porque el “Día de Muertos” es una fecha muy importante para los mexicanos. Muchas personas aprovechan este día para visitar a sus seres queridos. Flores y ofrendas se podían ver por todas partes.

Caminé despacio, disfrutando el paisaje. Llegué a la tumba que buscaba. La placa decía Francisco Javier Contreras Méndez 1982-2010. Sonreí, destapé el refractario y coloqué el pan de muerto que había preparado para la ocasión.

Hablé a la tumba como si él estuviera presente. Le dije que todavía lo extraño, esperaba que donde sea que estuviese fuera feliz. Le prometí seguir con mi vida, aunque era difícil. Lamenté los proyectos que ya no verían la luz, pero que no importaba porque lo que tuvimos fue maravilloso. Terminé con un “te amo y siempre te amaré”.

Sentí que alguien me tocaba el hombro. Fue una sensación cálida y reconfortante. Volteé pero no había nadie detrás. Supe que había sido él, esa era la señal de que estaba bien y seguramente no aguantó las ganas de hacerme una broma. Sonreí. Partí una rebanada del pan de muerto, tomé un trago de chocolate de mi termo y lo saboreé a su salud.

Pan de muerto

Traducción en Inglés



Today is a special day. I'm looking at the recipe from the cookbook I bought just for this occasion. I pretend to roll up my non-existent sleeves and begin my culinary creation.

In a plastic bowl, I pour warm water, dissolve some yeast, and add flour to form a dough. I shape it into a ball; the instructions say to let it rest until it doubles in size, which might take an hour or more.

While I wait, I can't help but think about Francisco. I remember when I first met him at a convention. I had been wandering around for an hour and had already decided the event was a fiasco. They announced a movie screening in the auditorium. It was packed, but a kind hand pointed to an empty seat next to him—that was Francisco. The connection was immediate. We talked non-stop. We left the auditorium since interacting with each other was far more interesting. We exchanged numbers and agreed to meet again.

The dough ball was going to take a while, so I moved on to the next step of the recipe. I sifted flour on the kitchen table, made a well in the center, and gradually added fifteen tablespoons of sugar, a pinch of salt, two whole eggs, seven yolks, orange blossom tea, anise tea, orange zest, shortening, and margarine.

I kneaded the mix, bringing the edges into the center. It was a task meant to last twenty to thirty minutes. As I worked, I began to remember the second time I saw Francisco while hanging out with some friends. We had a great time that day. From then on, he made time to visit me every weekend. We'd watch movies, debate various topics, and simply enjoy each other's company.

The dough ball I'd left to rise was ready. I added it to the previous mixture and kneaded a bit longer until the two blended well. Then, I shaped the dough into a long shape, took one end, and slammed the other against the table like a hammer.

I did the same with the other end. I repeated the process four times until bubbles formed and the dough came off the table quickly. Finally, I joined both ends together.

As I slammed the dough, my mind wandered back to September 15, 2007—a day I’d remember not for Mexico’s Independence Day celebrations but because Francisco asked me to be his girlfriend. It was moving. He took my hands and shared his feelings. I told him no, as I felt confused then, and my feelings for him weren’t clear. But he insisted so much that I decided to give him a chance, something I’ve never regretted.

It was time to shape the dough into a ball, coat it with shortening, and place it in a pan. I covered it with a clean, damp cloth and left it in a warm spot to rise until it doubled in size. I decided to place it on the stove. According to the recipe, this step would take more than two hours. I sighed, mildly exasperated.

I sat in the rocking chair with a book and a timer set for two hours. I couldn’t focus on reading; my mind wandered to all the times I spent with Francisco. The movies we’d watched, the restaurants we’d visited, the afternoons at his shop, and shopping days, all of which felt so much better with him by my side.

I clearly remember the moment he decided to go back to college, the joy on his face when he passed the entrance exam for a degree in gastronomy, the late nights of studying and group projects, tasting the dishes he cooked for his school assignments, and gaining experience along the way.

Valentine’s Day was always special. Each year, we tried to outdo the gifts from the year before. We celebrated birthdays with surprise cakes and the perfect presents. The shared Christmases—this last memory was especially touching because he’d confessed to me that he didn’t like celebrating the holidays until he met me.

In my mind, I replayed the moment he proposed to me through a video with “Let It Be” by the Beatles, his favorite band, as the soundtrack. Just then, the alarm startled me back to reality. I wiped away a few tears and knew I had to return to the recipe.

I took the dough out of the pan and kneaded it for about ten minutes. I set aside a small piece, shaping it into thick strips and a little ball.

Then, I greased the baking sheet and shaped the rest of the dough into an oval. I rechecked the recipe again, but it needed to rest for another thirty minutes. I set the alarm for half an hour.

I tried to go back to reading, but my mind kept drifting back to our memories. Inevitably, I recalled the family dinner we hosted to announce our engagement. Everyone was happy for us. Then came the months of planning the wedding.

The alarm confused me. It rang several times before I could react and turn it off. I sighed, realizing that now I had to beat an egg and use the mixture to brush over the thick strips and the small ball of dough I had set aside earlier. This egg wash was supposed to act as a sort of adhesive, helping these pieces stick to the oval shape of the dough. As I let it rest, I preheated the oven to 200 degrees Celsius, giving it fifteen minutes to warm up.

The timer rang again, and I went to the oven to put the tray inside. As the first few minutes ticked by, my mind drifted back to that time when Francisco's health began to decline. The swelling in his left testicle had been worrisome, and even though I had urged him to see a doctor many times, he always brushed it off, unwilling to take it seriously. There was simply no way of convincing him.

As I sat down to wait, my mind drifted back to that troubling time when Francisco's health was terrible. The abnormal swelling in his left testicle was a clear sign that something was wrong, and I had urged him multiple times to see a doctor. But he didn't seem to think it was worth worrying over.

After the prescribed time had passed, I placed the baking tray in the oven for fifteen minutes.

While it baked, my mind leaped to a pivotal moment, three months before our wedding. The abnormality in Francisco's testicle had grown significantly. Reluctantly, we visited the urologist that morning. By the afternoon, we had the results: it was a malignant cancerous tumor. That same evening, he was admitted to the hospital for surgery. The operation went well, but we learned the cancer had spread to his pancreas and lungs. Chemotherapy sessions would need to begin right away.

After the first fifteen minutes, I now had to lower the oven temperature to 170 degrees Celsius and leave the dough to bake for another ten minutes. Then, it would finally be ready.

It was a challenging year. We put off the wedding. Both our parents helped with the costs of his chemotherapy sessions and medications. I became his personal nurse, caring for him through every moment. Taking on that role didn't bother me because I was sure we'd get through this together. The hardest part was behind us; we just had to eliminate the remaining carcinogenic cells. Each session showed progress, slowly reducing the danger.

The bread was finally ready. I took it out of the casserole and placed it in a circular dish. The last step was to glaze it. I combined a tablespoon of sifted flour, a tablespoon of sugar, and two cups of water in a small pot to prepare the glaze. I stirred the mixture over low heat until it formed a syrup, then set it aside to cool.

As I waited, images of Francisco looking sad filled my mind.

Friends and relatives together, we all tried to cheer him up. We celebrated his birthday full of excitement. Despite being bald and without eyebrows, he looked genuinely happy and was surrounded by the people who cared for him. Although he seemed increasingly tired in the months that followed, the doctor gave us hope. Each test confirmed that the cancer cells were gradually diminishing.

The syrup had cooled. Using a small brush, I carefully glazed the bread and sprinkled powdered sugar on top. At last, it was ready. I had just enough time to shower and get ready for my appointment at five. Once I checked that I hadn't forgotten anything, I left the house.

I placed the bread on the passenger seat next to a thermos of hot chocolate. I got into the car and began the long drive to my destination. To my surprise, the road was clear. In that state of relaxation, my mind drifted again while my disconnected body drove through the route I knew.

He moved back to his parents' home, easing some of my caregiving burdens. But one day, while I was at work, I received the call. My fiancé

had collapsed and was hospitalized. I asked my boss if I could go and rushed out. When I arrived, my mother-in-law explained that he had suffered a seizure and called for an ambulance. Since then, he hadn't regained consciousness. They allowed me in, and from that moment on, I stayed by his side.

I abruptly stopped the car, narrowly missing the light. I was breathing heavily. The bread was fine, but the thermos of chocolate had fallen over. Fortunately, nothing spilled, so I put it back in place. I needed to focus more on the road. I arrived and looked for a place to park. It was packed, with flower vendors everywhere; their scent was calming. I placed my head on the steering wheel and closed my eyes.

On the third night he was hospitalized, Francisco collapsed again. According to the doctors, there was no hope left. The cancer cells had reached his brain, forming a small tumor that had metastasized. This anomaly hadn't shown up in his earlier tests, not until it was too late. My fiancé was still alive only because of a ventilator. The decision to disconnect him was left to his parents; it wasn't mine to make, as I wasn't his wife, only his girlfriend.

His parents, anguished, decided to end his suffering. They allowed time for family and friends to come into the room to say goodbye. When it was my turn, I struggled to hold back my tears. I told him it had been a pleasure to meet him, that he made me a very happy woman, despite the short time we had together. I asked him not to worry, that I would look after his parents and his siblings. I told him to go in peace. I kissed his lips and stroked his head.

I left the room, passed through the waiting area without saying goodbye to anyone, and rushed out of the hospital, looking for a quiet place to cry. Francisco ceased to exist at 2:00 PM on October 30, 2010. It wasn't necessary to disconnect him; in a final act of nobility, he passed on his own, relieving his parents of that difficult decision.

The sound of a car horn brought me back to reality. I had accidentally pressed it with my forehead while lost in my thoughts. I sighed as if a great relief had washed over me. I left the car with the tray and the

thermos in hand. Walking slowly toward the cemetery entrance, I noticed the place was crowded, as “Día de Muertos” (Day of the Dead) is an important day for Mexicans. Many people take this time to visit their loved ones. Flowers and offerings were everywhere.

I walked slowly, taking in the landscape, until I reached the grave I was looking for. The plaque read: Francisco Javier Contreras Méndez 1982-2010. I smiled, uncovered the tray, and placed the pan de muerto I had baked for the occasion.

I spoke to the grave as if he were there. I told him how much I still missed him and hoped that he was happy wherever he was. I promised him I would continue my life, even though it was hard. I regretted the projects that would never see the light of day but reminded myself that what we had was beautiful. I ended with an “I love you, and I will always love you.”

Suddenly, I felt someone tap my shoulder. It was a warm, comforting sensation. I turned around, but there was no one behind me. I knew it had been him—a sign that he was okay and that he probably couldn’t resist playing one of his little pranks on me. I smiled, breaking off a piece of the pan de muerto, sipping the chocolate from my thermos, and savoring it in his honor.

Pan de muerto

Traducción en Italiano



È un giorno speciale, osservo la ricetta del manuale di cucina che ho comprato per questa occasione. Fingo di rimboccarmi delle maniche inesistenti e comincio l'opera culinaria.

In un contenitore di plastica metto dell'acqua tiepida, sciolgo il lievito e la farina per formare una pasta. Poi la faccio diventare una palla, secondo le istruzioni devo lasciarla riposare fino a che raddoppi le sue dimensioni, e questo può richiedere un'ora o più.

Mentre questo succede, non posso smettere di pensare a Francisco. Ricordo quando l'ho incontrato a una conferenza, ho camminato per un'ora e avevo catalogato l'evento come un fiasco. Annunciarono la presentazione di un film nell'auditorium del posto. Era pieno, ma una mano gentile indicò un posto vuoto accanto a lui, quello era Francisco. La connessione fu immediata, parlammo senza sosta. Uscimmo dall'auditorium, perché era più interessante interagire tra di noi. Ci scambiammo i numeri e ci demmo appuntamento per un altro incontro.

La palla ci avrebbe messo molto tempo, quindi ho deciso di passare al passo successivo della ricetta. Sul tavolo della cucina ho messo della farina setacciata, ho fatto un buco al centro e ho aggiunto man mano quindici cucchiaini di zucchero, un pizzico di sale, due uova intere, sette tuorli, tè di fiori d'arancio, tè di anice, scorza d'arancia, strutto¹ e margarina.

Impastai il composto prendendolo dai bordi e portandolo al centro. Era un lavoro che doveva durare dai venti ai trenta minuti. Mentre lo facevo, mi venne in mente il successivo incontro con Francisco durante una riunione con alcuni amici, ci siamo divertiti molto quel giorno. Da allora, ogni fine settimana trovava il tempo per venire a trovarmi. Guardavamo film, discutevamo su vari argomenti e godevamo della reciproca compagnia.

La palla che avevo lasciato riposare era pronta, l'ho incorporata al composto precedente e ho continuato a impastare per un po', fino a quando entrambi gli impasti si sono ben amalgamati. Poi ho dato alla

¹ In Messico, lo strutto si riferisce al grasso animale, solitamente di maiale. È utilizzato in molte ricette tradizionali, come i tamales e i piatti fritti.

pasta una forma allungata, ho preso un'estremità e ho sbattuto l'altra sul tavolo come se fosse un martello.

Ho fatto lo stesso con l'altra estremità. Ho ripetuto il processo quattro volte finché si sono formate delle bolle e la pasta si staccava facilmente dal tavolo. Alla fine ho unito entrambe le estremità.

Mentre sbattevo la pasta, la mia mente è tornata al 15 settembre 2007, lo ricorderei non per la celebrazione dell'Indipendenza del Messico², ma perché Francisco mi chiese di essere la sua ragazza. È stato commovente. Mi ha preso per mano e mi ha rivelato i suoi sentimenti. Gli ho risposto di no, perché in quel momento ero confusa, i miei sentimenti per lui non erano chiari. Ma ha insistito tanto che ho deciso di dargli una possibilità, non me ne sono mai pentita.

Era ora di formare una palla con la pasta, ungerla con strutto e metterla in una casseruola. L'ho coperta con un panno pulito e umido. Doveva riposare in un luogo tiepido fino a raddoppiare di dimensioni, così ho deciso di lasciarla sopra la stufa. Secondo la ricetta, questo passo doveva durare più di due ore. Sospirai infastidita.

Mi sono seduta sulla sedia a dondolo di casa mia, con un libro e una sveglia che ho programmato per due ore. Non riuscivo a concentrarmi sulla lettura, la mia mente vagava tra tutte le occasioni in cui avevo passato del tempo con Francisco. I film visti, i ristoranti visitati, i pomeriggi passati nel suo negozio, i giorni di shopping; erano più piacevoli in sua compagnia.

Ricordo chiaramente il momento in cui decise di riprendere i suoi studi universitari, la sua faccia di felicità quando superò l'esame di ammissione per la laurea in gastronomia. Le notti insonni per i compiti e i lavori di gruppo. Assaggiare ciò che cucinava nelle sue pratiche scolastiche, con cui acquisiva esperienza.

Non potevano mancare i giorni di San Valentino, in cui ogni anno cercavamo di superare il regalo dell'anno precedente. I compleanni con torte a sorpresa e i regali desiderati. I Natali condivisi; questo mi intenerì

² Il Día de la independencia è celebrato in Messico per commemorare l'inizio della guerra di indipendenza contro la Spagna, iniziata nel 1810.

perché mi confessò che non gli piaceva festeggiare le feste natalizie, fino a quando non mi conobbe.

Nella mia memoria ricrei il momento in cui mi propose matrimonio con un video, con la canzone Let it be dei Beatles, il suo gruppo musicale preferito. A questo punto, la sveglia suonò e mi fece sobbalzare. Asciugai alcune lacrime che mi scorrevano dagli occhi, dovevo continuare con la ricetta.

Tirai fuori la pasta dalla casseruola, la impastai per almeno dieci minuti. Separai un po' d'impasto per formare delle strisce spesse e una pallina, le misi da parte. Ungai la teglia dove misi il resto dell'impasto, al quale diedi una forma ovale. Controllai di nuovo la ricetta, dovevo lasciarlo riposare per altri trenta minuti. Programmati di nuovo la sveglia per mezz'ora.

Cercai di tornare alla mia lettura, ma il mio cervello continuava a riportarmi ai miei ricordi. Inevitabilmente, ricordai il pranzo che facemmo per le nostre famiglie per annunciare il nostro fidanzamento, tutti erano felici per noi. Poi vennero i mesi della pianificazione del matrimonio.

La sveglia mi lasciò disorientata. Suonò diverse volte prima che potessi reagire e spegnerla. Sospirai, ora dovevo sbattere un uovo e usare questa miscela per ungere le strisce spesse e la pallina che avevo messo da parte in precedenza. A quanto pare, doveva fungere da collante affinché questi pezzi rimanessero attaccati all'ovale di impasto. Mentre lo lasciavo riposare, accesi il forno a 200 gradi centigradi e lo lasciai preriscaldare per quindici minuti.

Mentre mi sedevo ad aspettare, la mia mente tornò al momento in cui Francisco non stava molto bene di salute. Un ingrossamento anomalo nel suo testicolo sinistro indicava che le cose non andavano bene. Lo esortai ad andare dal medico, ma non volle, non gli diede importanza.

Trascorso il tempo stabilito, ho messo la teglia nel forno per quindici minuti.

La mia mente tornò a un punto nel tempo, dove mancavano tre mesi al matrimonio. L'anomalia nel testicolo di Francisco era cresciuta molto.

Ancora riluttante, andammo dall'urologo la mattina. Nel pomeriggio ci diedero i risultati: era un tumore maligno. Quella stessa notte fu ricoverato e operato. L'operazione era andata bene, ma il cancro si era diffuso al pancreas e al polmone. Dovevano iniziare le sessioni di chemioterapia.

Passati i quindici minuti, ora dovevo ridurre la temperatura del forno a 170 gradi centigradi e lasciare cuocere l'impasto per dieci minuti. Allora sarebbe stato pronto.

È stato un anno difficile, il matrimonio è stato rimandato. I suoi genitori e i miei hanno collaborato economicamente per le sedute di chemioterapia e i farmaci. Sono diventata la sua infermiera personale. Non mi dava fastidio farlo, perché ero sicura che ce l'avremmo fatta. Il più difficile era passato, bisognava solo eliminare i residui delle cellule cancerose. Ogni seduta indicava che stava andando bene, riducendo poco a poco il pericolo.

Il pane era pronto. L'ho tolto dalla casseruola e l'ho messo in una teglia circolare. Dovevo spennellarlo, per questo dovevo preparare una miscela. In un pentolino ho messo un cucchiaino di farina setacciata, un cucchiaino di zucchero e due tazze d'acqua, le ho messe a fuoco lento e ho mescolato con un cucchiaino fino a formare uno sciroppo, l'ho tolto dal fornello e l'ho lasciato raffreddare. Mentre si raffreddava, potevo vedere chiaramente nella mia mente Francisco triste, perché sentiva di essere un peso per me a causa delle cure. Tra parenti e amici cercavamo di sollevargli il morale. Festeggiammo il suo compleanno con grande entusiasmo, anche se era calvo e senza sopracciglia, sembrava felice di essere circondato da tutte le persone che lo amavano. Nei mesi successivi sembrava più stanco, ma il medico ci incoraggiava, perché i suoi esami indicavano che le cellule cancerogene stavano diminuendo.

Lo sciroppo era fresco. Con un piccolo pennello cominciai a spennellare il pane e gli spolverai sopra dello zucchero a velo. Avevo finalmente finito, ora potevo prepararmi. Il mio appuntamento era alle cinque del pomeriggio, avevo appena il tempo per fare una doccia e sistemarmi. Una volta pronta, controllai di non aver dimenticato nulla e uscii di casa.

Posizionai il mio pane sul sedile del passeggero accanto a una borraccia termica con cioccolata. Salii in macchina e iniziai il lungo tragitto verso la mia destinazione. Con mia sorpresa, la strada era libera. In quello stato di rilassamento, mentre il mio corpo guidava automaticamente lungo il percorso conosciuto, la mia mente tornò a vagare.

Francisco era tornato a casa dei suoi genitori, riducendo il carico delle cure su di me. Ero al lavoro quando ricevetti la chiamata. Il mio fidanzato era collassato ed era stato ricoverato in ospedale. Mi scusai con il mio capo e uscii di corsa dal posto. Arrivata alla sala d'attesa, mia suocera mi spiegò che Francisco aveva avuto una crisi epilettica improvvisa e avevano dovuto chiamare un'ambulanza. Da quando era stato ricoverato, non si era più svegliato. Mi lasciarono passare, e da quel momento rimasi con lui.

Frenai bruscamente l'auto, per poco non superavo un semaforo rosso. Respiravo affannosamente. La teglia era intatta, ma la borraccia termica con la cioccolata era caduta. Per fortuna non si era rovesciato nulla, quindi la rimisi a posto. Dovevo prestare più attenzione alla strada. Arrivai e cercai un posto dove parcheggiare. Il luogo era pieno. C'erano venditori di fiori dappertutto, l'aroma mi tranquillizzò. Posai la testa sul volante e chiusi gli occhi.

La terza notte che fu ricoverato in ospedale, Francisco collassò di nuovo. Secondo i medici, non c'era più speranza, le cellule cancerogene erano arrivate al cervello, formando un piccolo tumore che aveva fatto metastasi. Dagli esami non era emersa quell'anomalia, fino a quando fu troppo tardi. Il mio fidanzato era ancora vivo grazie a un respiratore. La decisione di staccarlo spettava ai suoi genitori, non a me, perché non ero sua moglie, solo la sua fidanzata.

I suoi genitori, pieni di angoscia, decisero di porre fine alla sua sofferenza. Fu dato il tempo ai familiari e agli amici di entrare nella stanza per salutarlo. Quando fu il mio turno, mi costò fatica trattenere le lacrime. Gli dissi che era stato un piacere conoscerlo, che mi aveva resa una donna molto felice, nonostante il breve tempo trascorso insieme. Gli raccomandai di non preoccuparsi, che mi sarei occupata

dei suoi genitori e dei suoi fratelli. Che andasse in pace. Gli diedi un bacio sulle labbra e gli accarezzai la testa. Uscii dalla stanza, attraversai la sala d'attesa senza salutare nessuno, uscii dall'ospedale in tutta fretta e cercai un posto tranquillo per piangere. Francisco cessò di esistere alle 14:00 del 30 ottobre 2010. Non fu necessario staccare il respiratore, come ultimo atto di nobiltà spirò da solo, sollevando un grande peso dai suoi genitori.

Il suono di un clacson mi riportò alla realtà. L'avevo premuto accidentalmente con la fronte mentre ero immersa nei miei pensieri. Sospirai, come se un grande sollievo attraversasse il mio corpo. Uscii dall'auto con la teglia e la borraccia termica. Camminai verso l'ingresso del cimitero. Il luogo era pieno perché il Día de Muertos³ è una ricorrenza molto importante per i messicani. Molte persone approfittano di questo giorno per visitare i loro cari. Fiori e offerte si potevano vedere ovunque.

Camminai lentamente, godendomi il paesaggio. Arrivai alla tomba che cercavo. La targa diceva Francisco Javier Contreras Méndez 1982-2010. Sorrisi, aprii la teglia e posizionai il pan de muerto⁴ che avevo preparato per l'occasione.

Parlai alla tomba come se lui fosse presente. Gli dissi che mi mancava ancora e speravo che dovunque si trovasse fosse felice. Gli promisi di continuare con la mia vita, anche se era difficile. Mi dispiaceva per i progetti che non avrebbero visto la luce, ma non importava perché quello che avevamo avuto era meraviglioso. Conclusi con un "ti amo e ti amerò per sempre".

Sentii qualcuno toccarmi la spalla. Fu una sensazione calda e confortante. Mi voltai ma non c'era nessuno dietro. Sapevo che era stato lui, era il segnale che stava bene e sicuramente non aveva resistito a farmi uno scherzo. Sorrisi. Tagliai una fetta di pan de muerto, presi un sorso di cioccolata dalla mia borraccia termica e lo assaporai alla sua salute.

³ Festività tradizionale messicana in cui le famiglie ricordano i loro cari defunti.

⁴ Pane dolce tradizionale preparato per il "Día de Muertos" in Messico.

Traductor al Inglés

Jaime Cruz Triana



Traductor e intérprete especializado en interpretación para la industria petrolera, con experiencia en conferencias para la Secretaría de Turismo de Tabasco. Examinador oral certificado por Cambridge (niveles A2-C1) y docente de chino mandarín, francés, inglés y ELE en sistemas IB y educativo nacional. Actualmente se desempeña como intérprete consecutivo para corporativos estadounidenses y colabora en proyectos de traducción para iniciativas educativas sin fines de lucro, con especial enfoque en materiales de acceso abierto.

Traductora al Inglés

Elizabeth Djinis



Periodista especializada en lenguas clásicas y estudios medievales. Su trabajo ha aparecido en medios como The New York Times, National Geographic, Washington Post y Glamour, colaborando además con Smithsonian Magazine, Teen Vogue y publicaciones internacionales. Ganadora del primer lugar en periodismo ambiental (2021) y ponente en conferencias sobre agotamiento en el periodismo local.

Con dominio avanzado de italiano, reside en Roma donde escribe reportajes con perspectiva multicultural y enfoque lingüístico. Exreportera de Tampa Bay Times y Sarasota Herald-Tribune, cubriendo temas sociales y ambientales antes de fundar su propia empresa mediática.

Traductora al Italiano

Ixtchel Alarcón Navarrete



Traductora y docente especializada en lingüística contrastiva, con investigaciones publicadas sobre distancia interlingüística. Ha implementado programas de español e inglés en escuelas de EE.UU., Reino Unido y México en sistemas internacionales. Profesora universitaria de lingüística del español, con experiencia profesional en América y Europa, incluyendo proyectos para el Vaticano. Competencia avanzada en cuatro idiomas (español, inglés, italiano, ruso) con formación en Roma. Actualmente centrada en la enseñanza de lingüística del español, con intereses académicos en sintaxis, sociolingüística, y lingüística rusa y eslava.



Lic. Guillermo Narváez Osorio
Rector

Dr. Luis Manuel Hernández Govea
Secretario de Servicios Académicos

Mtro. Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Director de Difusión Cultural

Mtro. Fredys Pérez Ruiz
Jefe del Departamento Editorial Cultural



Esta obra se terminó de editar el 27 de julio de 2026 en Villahermosa, Tabasco, México. El cuidado de la edición estuvo a cargo de los autores y del Departamento Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y el Fondo Editorial Universitario.



UNIVERSIDAD JUÁREZ AUTÓNOMA DE TABASCO



“ESTUDIO EN LA DUDA. ACCIÓN EN LA FE”



C O L E C C I Ó N

BRUNO ESTAÑOL

Cuento